

la de suponer que entonces, en los días en que Murcia se proclama independiente del poderío de los sultanes almohades, á principios de la XIII.<sup>a</sup> centuria, fué cuando hubo de erigirse aquella fortaleza dependiente, al amparo y bajo la salvaguardia de la de Monteagudo, tal vez entonces también reconstruída (1).

Situado en la margen izquierda del Segura, no lejos de Alcantarilla, y en uno de los sitios más feraces de la huerta, como que á la vez discurren por ellos las dos importantes acequias de *Aljufia* y de *Churra la Nueva*, canal esta última cuya cola pasa junto á Monteagudo,—en las inmediaciones de Murcia obtiene, lector, renombre, no lejos del pueblo de *Jabalí viejo* el de *La Ñora*, que cuenta con 1628 habitantes, y al cual hacen famoso la *Fábrica militar de la pólvora*, el *Convento de los Jerónimos* y sobre todo la célebre *Rueda*, á que debe la población su nombre. Según la tradición, y siendo por extremo rica en salitre esta provincia, en el siglo XVII, durante el reinado de Felipe III, existía en el emplazamiento de la *Fábrica* un Molino de pólvora de propiedad particular que tomó á su cargo la hacienda pública en 1747 y fué entregado en 1802 al real Cuerpo de Artillería, sufriendo hasta 1812 la suerte que cupo á España durante la invasión francesa, y progresando visiblemente desde entonces

---

(1) «El Castillo moro que acabamos de describir no estaba aislado: en un montículo próximo, de origen puramente musulmán, complementándole y bajo su egida, había un castillejo cuyos cimientos existen aún en tierras del Sr. Conde de la Concepción, y cuyo nombre se ignora.» «El también llamado castillo de *Larache*, antes *Alharache*, y *Alabrache* en muy antiguos documentos, fué casa de recreo y de labor probablemente que existía ya en tiempo de romanos y así lo demuestran sus cimientos: según un viejo manuscrito, dependía del castillo de Monteagudo y era residencia alguna vez del castellano y más frecuentemente de sus mujeres y familia» (DÍAZ CASSOU, art. IV cit. de *Los cast. de Murcia*). De este castillo procede el muy interesante trozo de yesería donado por el Sr. Baquero Almansa al *Museo Provincial*, y en él reunió D. Joaquín Saurín, á quien, si ha de creerse á Lozano, debemos estimar como el primero de los arqueólogos de Murcia, «una gran colección de monedas, medallas, ídolos y lápidas, de las que muchas estaban en poder del Excmo. Sr. D. Pedro Pagau hace algunos años.» «Después de los Saurines poseyeron la finca de Larache los duques de San Fernando y los Levasseur, y actualmente pertenece á una señora de este apellido, casada con D. Ricardo García Chico de Guzmán» (DÍAZ CASSOU, *La Huerta de Murcia*, pág. 286, nota).



hasta el año de 1859 en que dieron principio las obras que han cambiado radicalmente su marcha y aspecto en cinco años, produciendo al presente, bajo la dirección del Cuerpo de Artillería, no menos de 200,000 kilogramos de pólvora anuales próximamente, y admitiendo la competencia en la elaboración con los más notables centros industriales del extranjero (1).

Prescindiendo del suntuoso edificio de *los Jerónimos*, pintorescamente emplazado, y cuya fábrica estimable comparan llenos de hiperbólico amor pátrio los murcianos con la del histórico Monasterio de San Lorenzo en el Escorial,—detente, lector, delante del grandioso artefacto de *la Rueda de la Ñora* sobre la acequia mayor de *Aljufía*, como la *Fábrica de pólvora*; y bien que no pretendamos ni tú ni yo hacer el estudio de la misma, reservado á otras más peritas plumas (2), no por ello habremos de desconocer la importancia de la misma, cuya construcción remontan los entendidos al tiempo de la dominación mahometana. Claro está que el actual artefacto no puede llevarse á semejante época con justicia; pero sí que el sistema es primitivamente originario de aquellas gentes que establecieron el admirable de riegos en esta huerta y en la de Valencia. La amenidad del sitio, la pureza de los aires, y las condiciones inmejorables del terreno, han dado motivo á que el vulgo atribuya méritos especiales á la celebrada *Rueda*, la cual, como remedio terapéutico, según el común sentir, sirve para *sacar el asno* á las gentes, frase y creencia tradicionales ambas, y que se remontan á tiempos difíciles de determinar en los presentes (3). De cualquier

---

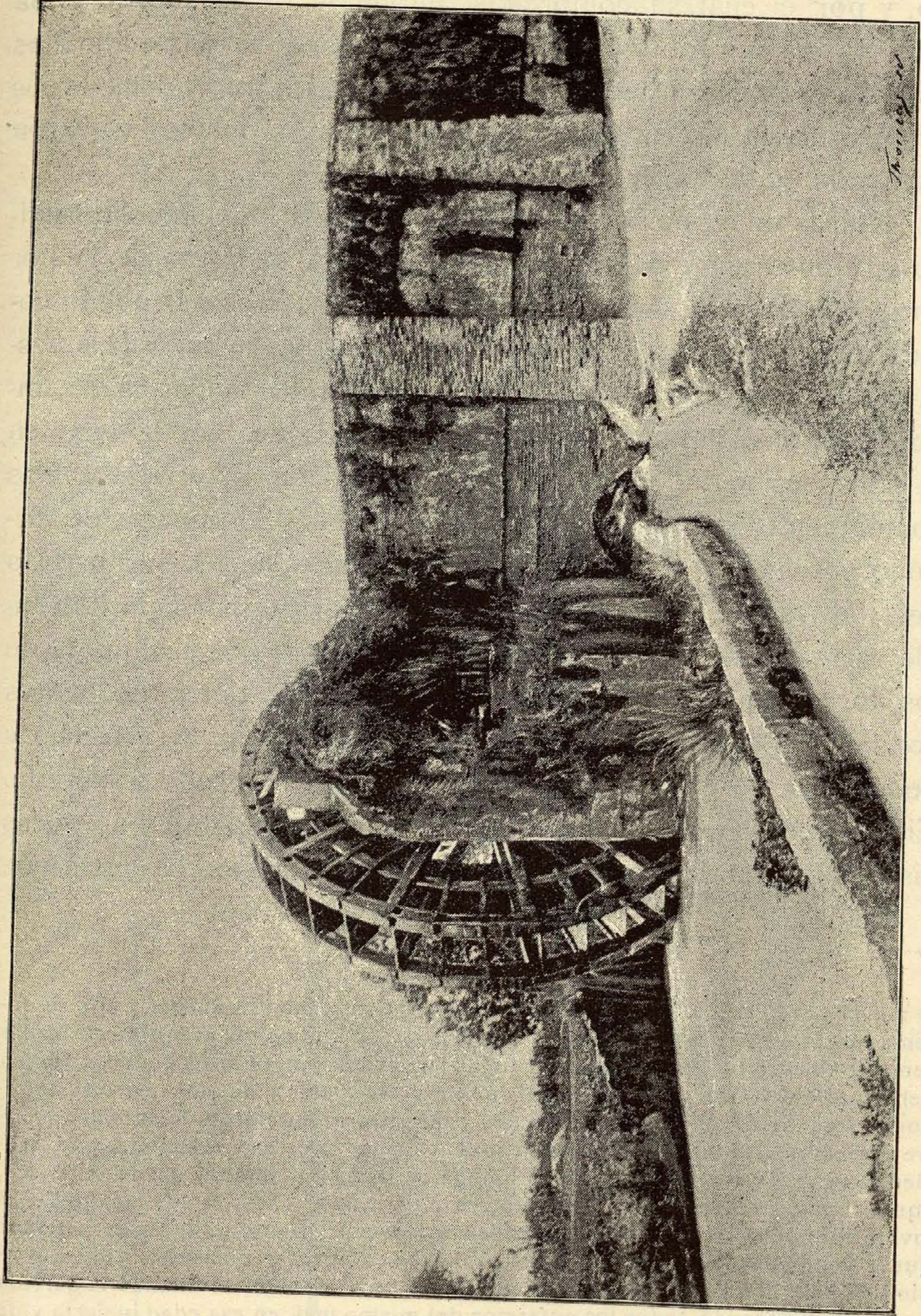
(1) RODRÍGUEZ GÁMEZ, *La Fábrica militar de pólvora en Murcia* (*Cartagena Ilustrada*, núm. 12 del año II, correspondiente al mes de Febrero de 1872).

(2) Aludimos al Sr. Díaz Cassou, quien en su muy interesante libro *La Huerta de Murcia*, ha de hacer el estudio de esta *Rueda*, como hace el de las acequias.

(3) Cuenta la tradición con efecto, aunque sin hacer referencia alguna cronológica, que habiendo enfermado de grave melancolía uno de los más ricos herederos de Murcia, por consejo de los médicos, y cual último recurso, pasó á la Ñora en cierta primavera. Lo pintoresco del paisaje y lo regocijado del lugar, no lograron producir efecto alguno en el enfermo en un principio: solitario y triste,



MURCIA



LA RUEDA DE LA ÑORA



modo que sea, es monumento, lector, digno de ser contemplado, y por el cual se comprende, en unión de las acequias, la importancia que obtuvo y que obtiene todavía entre aquellos labradores que han heredado con el suelo, las tradiciones de sus progenitores y ascendientes los musulmanes, quienes trocaron este valle en verdadero paraíso.

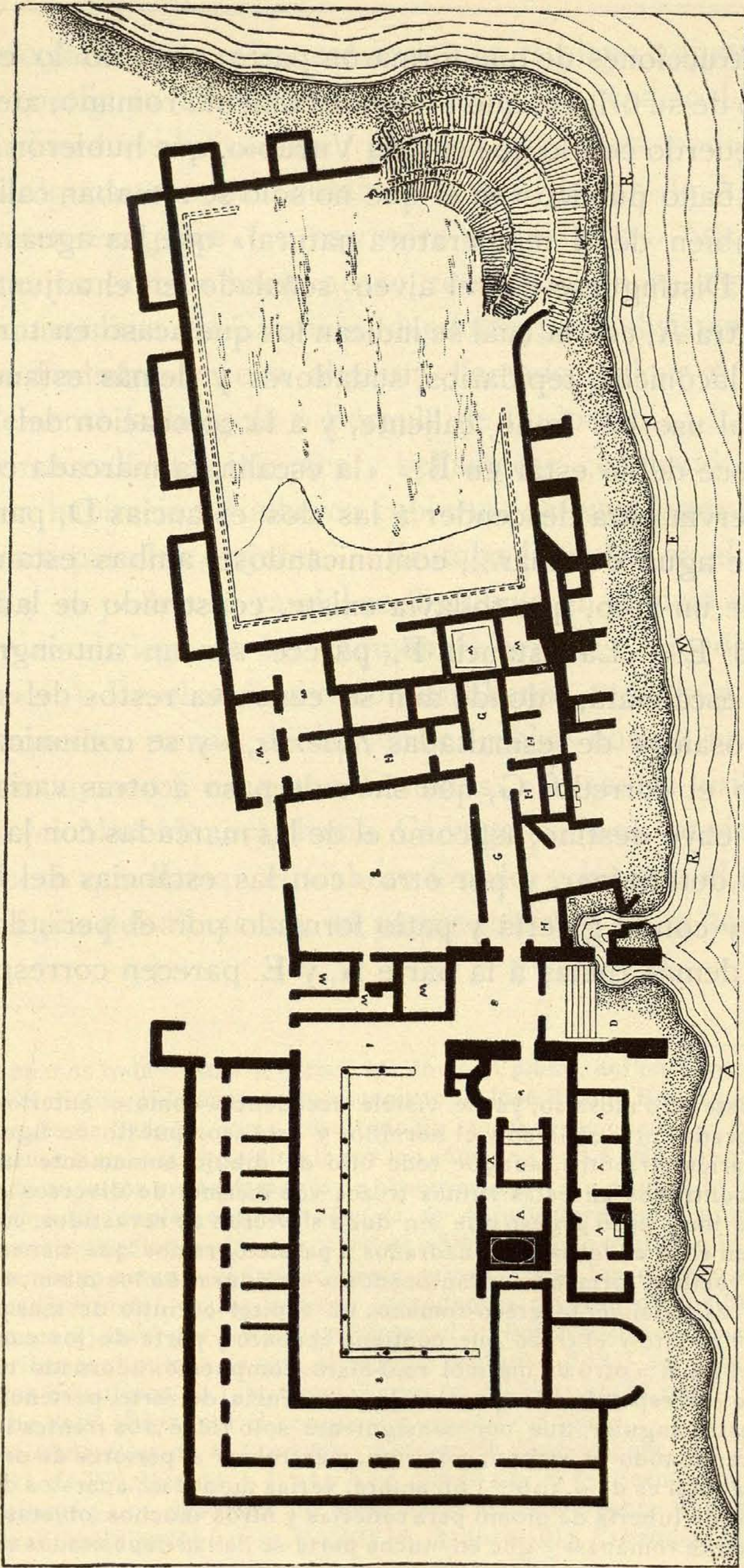
Ruinas de no menor interés todavía que las del famoso castillo de Monteagudo, disputado en la minoridad de Fernando IV por Aragón y Castilla, son á no dudar las de *los Alcázares* por lo común menospreciadas y oscurecidas entre el alegre bullir de la fiesta especial que allí el 15 de Agosto se celebra. Situadas en el campo de Murcia, término municipal de la villa de San Javier y en la orilla occidental de la Albufera, apellidada *Mar menor* más comunmente, radican en la posesión que los Marqueses de Ordoño poseen con el nombre de *los Alcázares*, haciéndose preciso dejar el tren de Cartagena en Balsicas, para tomar la intransitable carretera de San Javier é ir á aquel punto por cualquiera de los dos caminos que á él conduce: uno por tierra, de peores condiciones que la carretera de San Javier, desigual, estrecho y pedregoso, y otro por agua, que es después de todo preferible. Cierto que aquellas ruinas pertenecen y corresponden á épocas distintas, revelando que no fué siempre uno mismo el destino de

---

la mayor parte de los días terminaba sus paseos en la famosa *Rueda*, y allí se detenía largas horas contemplando el artefacto y el agua de la acequia, sin hallar remedio; acertó no obstante á pasar todas las tardes por el sitio donde el joven permanecía extático, garrida doncella de hermoso rostro y de ojos negros y soñadores, como los de todas las murcianas, y bien pronto hubieron de entablarse entre el melancólico mancebo y la graciosa y alegre huertana relaciones que, creciendo cada día, hicieron brotar en ambos la llama del amor, y desde entonces, aquel lugar agreste lo fué de las dulces citas misteriosas de los amantes... El joven, sintiéndose renacer bajo la influencia del sentimiento nuevo y avasallador que le dominaba, recobró los colores, recobró la alegría y recobró la vida al propio tiempo... El vulgo afirma que la *Rueda le sacó el asno*, olvidando la garrida doncella; y después, todos los enfermos del mismo mal, en esa edad incierta y de transición tan peligrosa, son enviados á la Ñora para recobrar la salud; pero no se hallan ya todos los días doncellas como las del cuento, que *saquen el asno* á los que van con propósito semejante: *non bis in idem*.



MURCIA



PLANTA DE LAS RUINAS DE LOS ALCÁZARES



las construcciones de que formaron parte; pero no lo es menos respecto de su origen, que es conocidamente romano, atestiguan- do de acuerdo con lo que enseña Vitrubio, que hubieron de cons- tituir un baño público «en el que no sólo se tomaban calientes, sí que también de la temperatura natural» que las aguas del mar ofrecen. Distínguese aún el álveo, señalado en el adjunto plano con la letra A, con la cual se indican los que acaso en torno suyo fueron «lacónicos, tepidarios, sudadores y demás estancias des- tinadas al uso del baño caliente, y á la colocación del hornillo, que parece debió estar en B;» «la escalinata marcada con la le- tre C, servía para descender á las dos estancias D, para tomar baños de agua del mar..., comunicándose ambas estancias por medio de un arco, que todavía existe, construído de ladrillos en el punto E.» «La estancia F, parece ser un anteingreso á la referida escalinata,» donde aún se conserva restos del pavimen- to de mosaicos de esmaltadas *tesseras*, «y se comunica por un lado con el corredor G, que sirve de paso á otras varias estan- cias H,» cuyo destino, así como el de las marcadas con la letra M, es difícil determinar, y por otro «con las estancias del baño ca- liente., y con la galería y patio formado por el peristilo I» (1).

Las demás ruinas á la parte N. y E. parecen corresponder á

(1) Existe otro mosaico, ya de visible decadencia como el anterior, en la es- tancia colocada entre el álveo y el hornillo, y está «compuesto de figuras huma- nas con varios atributos, aunque todo ello de dibujo sumamente incorrecto,» siendo encontrados en estas ruinas trozos «de mármol de diversos colores en tableros de muy poco grueso que sin duda sirvieron de revestidos, con adornos grabados en ellos en forma de cuadrados y paralelógramos que tienen inscritos círculos y rombos, formando encantonados;» «molduras de los mismos mármoles y de perfil esencialmente greco-romano; un capitel corintio de mármol blanco de 0,482<sup>mm</sup> de alto y el trozo que contiene el abaco y parte de los canticulos de otro capitel igual;» otro de mármol rojo-claro, compuesto, adornado caprichosa- mente, que corresponde á la época de la decadencia del arte, perteneciente á un anta ó pilastra angular, que por consiguiente sólo tiene dos frentes labrados, y que comprende todo el capitel, collarino, y extremos superiores de unas estrías, cuya altura total es de 0,306<sup>mm</sup>; un ánfora, varias monedas; aparatos de ilumina- ción, trozos de tubería de plomo para cañerías y otros muchos objetos de formas conocidamente romanas» y que en mucha parte se hallan depositados en el *Museo Provincial* de Murcia.



un edificio fortificado, y las señaladas en el plano adjunto con la letra J, contiguas al peristilo, así como el espacio L» es de presumir fueran habilitadas en pasados años para poder estar á cubierto algunas familias durante la feria del 15 de Agosto» y «para tener recogidos los carruajes y caballerías» (1). Á aquellas ruinas venerables hacía acaso referencia en el siglo XIII el geógrafo muslime Al-Cazgüiní, dándolas por subsistentes en la tierra de Todmir, «en una alquería llamada Belcur ó Belcuer, probablemente la Belgula ó Bérgula de Ptolomeo.» «Eran, dice, unas termas calientes insignes y bellamente construídas, donde había una habitación ó alberca cubierta (*daimas*) para los hombres y otra para las mujeres.» «Brotaba la fuente en el baño de aquellos y su poderoso raudal se distribuía en el vicio de ambos baños, y en el riego de los campos de cereales, inmediatos á la alquería» (2). En el siglo XVI conservábanse todavía y eran utilizadas aquellas ruinas, de las cuales daba noticia un escritor acaso cartagenero, en estos términos: «Á esotra orilla de la albufera (el Mar Menor), hacia Cartagena, hacia poniente, hay otro cabezo que llaman el Cabezo Gordo, y junto á él, á la lengua del agua del albufera y en paraje enfrente de la torre dicha

---

(1) Tomamos todas estas noticias, así como el plano, del muy interesante informe que el distinguido arquitecto murciano D. José Ramón Berenguer presentó al Sr. Marqués de Ordoño, como resultado de las excavaciones que por encargo de dicho señor hubo aquél de dirigir por los años de 1858 á 1860. Dicho informe, que apellidó su autor modestamente de observaciones, fué publicado por la *Gaceta del Constructor*, suplemento á la *Revista de Arquitectura*, en el número 15 del año XIV, correspondiente al 10 de Abril de 1887. Lástima grande que no sea hoy dado hacer nuevo estudio de las indicadas ruinas, y que los objetos depositados en el *Museo Provincial*, de las mismas procedentes, no sean ostensiblemente conocidos; pues á juzgar por las indicaciones del Sr. Berenguer, todo hace semblante de autorizar el supuesto de que el edificio primitivo debió ser labrado en una villa por los bizantinos de Justiniano, y que no lejos de aquel paraje debió estar la ciudad de Baga (*Βαγα*) por él reedificada según Procopio.

(2) *Las Maravillas de la Creación*, manuscrito Escorialense, n.º MDCXXXVI, fol. 217. Ed. de Wüstenfeld, t. I, pág. 344, citado por el Sr. Fernández y González en sus curiosos y por desdicha no terminados artículos sobre *Monumentos de la Cartaginense*, publicados en la *Revista de Arqueología Española*, páginas 145 y 146.

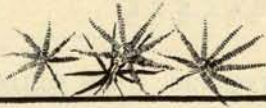


de la Cañizada y gola mayor, hay una casa antigua fuerte para lanza y escudo, y á par de ella muchos algibes antiquísimos de agua lluvia, que, con mucha esterilidad de agua, no se han visto sin ella con proveerse todo el campo y ganados de aquella parte.» «Llámanse estos algibes de los Alcázares y la casa de los Alcázares» (1).

---

(1) JERÓNIMO HURTADO, *Descripción de Cartagena*; ms., dirigido al P. Román de la Higuera y existente en la Real Academia de la Historia, y publicado por vez primera por el Sr. Baquero Almansa en el *Semanario Murciano*, números 132 y 133.





## CAPÍTULO XIV

Cartagena — Su aspecto — Sus memorias históricas  
La Torre Ciega — El Puerto

COMO si la naturaleza, sabia y discreta siempre, haciendo gala una vez más de su fuerza y de su poderío, hubiera querido por medio de la variedad infinita de las formas con que una y otro se manifiestan, vincular todas ó la mayor parte de dichas manifestaciones en las comarcas, todavía unidas, de aquel antiguo país mastiano con tanta y tan reiterada insistencia objeto de la insaciable codicia de pueblos y de razas que ya han desaparecido, estableciendo así y determinando por tal camino diferencias marcadas é indudables á las cuales responden como un eco aptitudes y aspiraciones legítimas de los habitantes de las mismas comarcas,—desde el momento en que cruza la locomotora los límites meridionales de la exuberante huerta de Murcia, donde todo revela el agricultor sedentario, y penetra veloz por el que es denominado *campo de Cartagena*, descúbrese sin grave dificultad ni esfuerzo la intensidad



y la razón de aquellas indicadas diferencias, á tal extremo llevadas en todos terrenos por cartageneros y murcianos, que no parece sino que se trata de regiones entre las cuales no existe ni ha existido jamás vínculo ni parentesco alguno.

No se inclinan ya al paso del tren, acariciándole con sus hojosas ramas, aquellos árboles frondosos, que dibujan pintorescamente su elegante silueta sobre los cielos, ni se distingue sino á entrecortados intervalos aquellos cuidados huertos, ni aquellas tierras productivas y vistosas repartidas en bancales, ni murmurarán los brazales de las acequias, ni embalsama el ambiente el perfumado aliento de limoneros y naranjales; no es ya hacia la población enriquecida y engalanada por los islamitas, hacia aquella porción del paraíso entre cuya lujosa vegetación se reparte con variedad de matices desigual y humilde caserío de laboriosos agricultores, hacia donde camina, salvando las distancias en estridente marcha la locomotora... Participando en la vegetación de las condiciones del suelo andaluz, pródigo y lozano, y perdida ya aquella semejanza que respecto de las zonas levantinas guarda más en dirección al N., el territorio de la provincia de Murcia,—recuerda el campo de Cartagena con efecto en algunas partes las llanuras eternas de la Mancha, «con sus molinos de viento, entre los cuales se alzan, mirándose unas á otras, las palmeras,» cada vez no obstante más escasas, de menor esbeltez y altura, y menos frecuentes. Cortado en el horizonte á la parte de oriente por las crestas empinadas de los montes, que se levantan majestuosos y erguidos como gigantes encadenados,—ofrece en general aspecto tan distinto del que brinda, alegre, regocijado y risueño, el rico valle murciano, que, sin ser por completo el de las regiones andaluzas, llenas de vigor y de vida,—como desdeñando el afanoso y tutelar cuidado de los labradores, dista mucho en realidad del que aparece á los ojos del viajero en las provincias castellanas, con el cual sin embargo presenta singulares analogías.

«Poblado,—escribe pintorescamente gallardo escritor moder-



no,—las mesetas de Castilla de una gran vegetación deslumbrante; derramad cerca y lejos casas de campo, quintas de recreo, bosquecillos elegantes rodeados de lagos deliciosos [en el invierno], huertas, olivares, eucaliptus con las fibras del tronco retorciéndose en espiral y marcando los linderos de los caminos; convertid las arideces de la Mancha en jardines que recuerden los de Valencia y los esplendentes huertos murcianos; arrancad de las llanuras la figura de don Quijote, y espantad y haced correr al rucio de Sancho, poniendo en su lugar fuertes que limiten el horizonte, y tendréis la risueña vega de Cartagena, hermosa y amplia y rica,—dice no sin notoria ponderación,—como la de Jerez y como la de Granada.» «El motivo de las provincias de Levante es la palmera; para ojos que no han visto el Mediterráneo desde estas provincias, el espectáculo, nunca imaginado, llama poderosamente su atención.» «Así, á medida que el tren adelanta, crece nuestro entusiasmo y pediríamos á la tierra leguas y leguas de ese mismo paisaje que tanto nos seduce y nos admira» (1).

Y así es la verdad, con efecto, porque á pesar de todo, el panorama es bello y alegre, y porque si ante el espectáculo de la huerta murciana surge en la imaginación vigoroso el cuadro de los tiempos medios,—en presencia de las planicies y de los riscos lejanos del campo de Cartagena, la memoria evoca el recuerdo de aquellos otros tiempos en los cuales, antes y después de la invasión cartaginesa, discurrieron por tales sitios quizás, gentes de progenies bien distintas y aún no del todo suficientemente reconocidas, como fueron las que explotaron aquella región tantas veces y tan hondamente conturbada. Por fin el tren se detiene: á un lado, levantan sus moles erizadas de enormes breñas, las montañas pedregosas en cuyos senos buscaron y aún buscan los habitantes de Cartagena riquísimos veneros minerales; al otro se distingue entrecortado valle, donde de vez

(1) D. S. RUEDA, *Cartagena*, art. pub. en *El Globo* de 8 de Diciembre de 1887.



en cuando blanquean los muros de desperdigados burgos y de quintas, y al frente, ceñida la coraza de piedra de sus murallas, se ofrece la antigua *Carthago Spartaria*, la fundación helénica de Teucro, cual presumen y defienden los cartageneros, el emporio poderoso de Hasdrúbal, la ciudad cartaginesa, combatida y conquistada con sin igual fortuna por Escipión, á despecho de su fortaleza y del valor de sus defensores.

Situada la ciudad y plaza de Cartagena á los 17° 6' longitud O. y 36° 37' latitud N., á no larga distancia de la cordillera Penibética, de la que se derivan por aquella parte los montes Contestanos, y en el espacio que dejan libre éstos en su irregular y accidentado movimiento,—ofrécese en su recinto septentrional circuída por aquel terreno bajo, húmedo y mal sano, que tantos daños origina, que cubrían en otro tiempo las aguas, y que conservando la denominación que le dieron de *Almajar* los musulmanes (1), constituye una de las defensas naturales de más importancia para la plaza, «supuesto que,—al decir de muy competente escritor,—no es posible ningún trabajo de zapa en toda su extensión, sin que se encuentre el agua á muy poca profundidad» (2) y sin grave esfuerzo. En pequeñas alturas que se desarrollan con cierto paralelismo respecto de la plaza, y entre las cuales se distingue la *Lona de los cuatro molinos de la Ribera*, la *de los Gallegos* y el *Cabezo de Felipe*,—en pos del *Almajar* va paulatinamente elevándose el terreno, para descender suavemente luego de trasponer tales alturas en la zona septentrional llamada *Campo de Cartagena*, sin más accidentes notables que los cabezos de *Laura* y de *Beaza*, que en tal disposición semejan «centinelas avanzados», mientras á la parte oriental surgen el *Cabezo de Moros* y, á mayor distancia, imponentes y

(1) Es la palabra *al-marjal*, derivada de *al-march*, «tierras baxas como prados», y que los árabes tomaron del persa, para designar con ella la *pradera* ó el *campo* (V. DOZY y ENGELMAN, *Glossaire*).

(2) LÓPEZ DOMÍNGUEZ, *Memoria y comentarios del sitio de Cartagena*, pub. en la *Revista de España*, pág. 482 del tomo LIX.



majestuosos, los Cabezos de la Cruz de la Campana, las Zancas, las Balas y otros con el estratégico Cerro de San Julián, que sustenta el fuerte de este nombre, construido durante el Gobierno Provisional y última Regencia, en la época revolucionaria, sobre la torre allí levantada por los ingleses durante la guerra de la Independencia.

Dilatándose esta cordillera por mediodía, por el norte y por poniente, «después de formar abruptas ó escarpadas y poco menos que inaccesibles alturas, entre las que descuella Sierra Gorda, va á morir á las inmediaciones del pueblo de Alumbres y barranco de la misma denominación, en tanto que al occidente de la plaza, en terreno abierto, cortado y con algunas ramblas de desahogo, figuran el arrabal de San Antonio y el barrio de los Dolores, naciendo á la derecha de la carretera de Madrid, las primeras estribaciones de la cordillera de montes que circuyen la plaza» en toda esta parte, con alturas entre las cuales se hallan la de la Atalaya, Galeras y Monte Roldán, las dos primeras con sus respectivos fuertes, construidos en los días de Carlos III (1).

Plaza fortificada pues, su aspecto desde la humilde estación del ferro carril, se ofrece como tan extraño y distinto del que brindan las demás poblaciones y ciudades de esta zona levantina, que, no distinguiéndose de ella sino la resistente cintura de muros que la circunvala,—muros que todavía conservan, á manera de llagas abiertas, las señales del último día en que logró vencerla el general López Domínguez,—parece más bien que verdadera ciudad moderna, militar reducto, á cuya semejanza contribuyen, como engarzados en aquella montura de sillares, á la derecha, rojizo y pedregoso, el Cerro de San José, con las ruinas de un molino abandonado, que simulan las de antiguo baluarte, y á la izquierda, no menos desigual y más enhiesto, el

---

(1) En todos estos cerros existieron de antiguo fortalezas, reconstruidas por Enrique III.

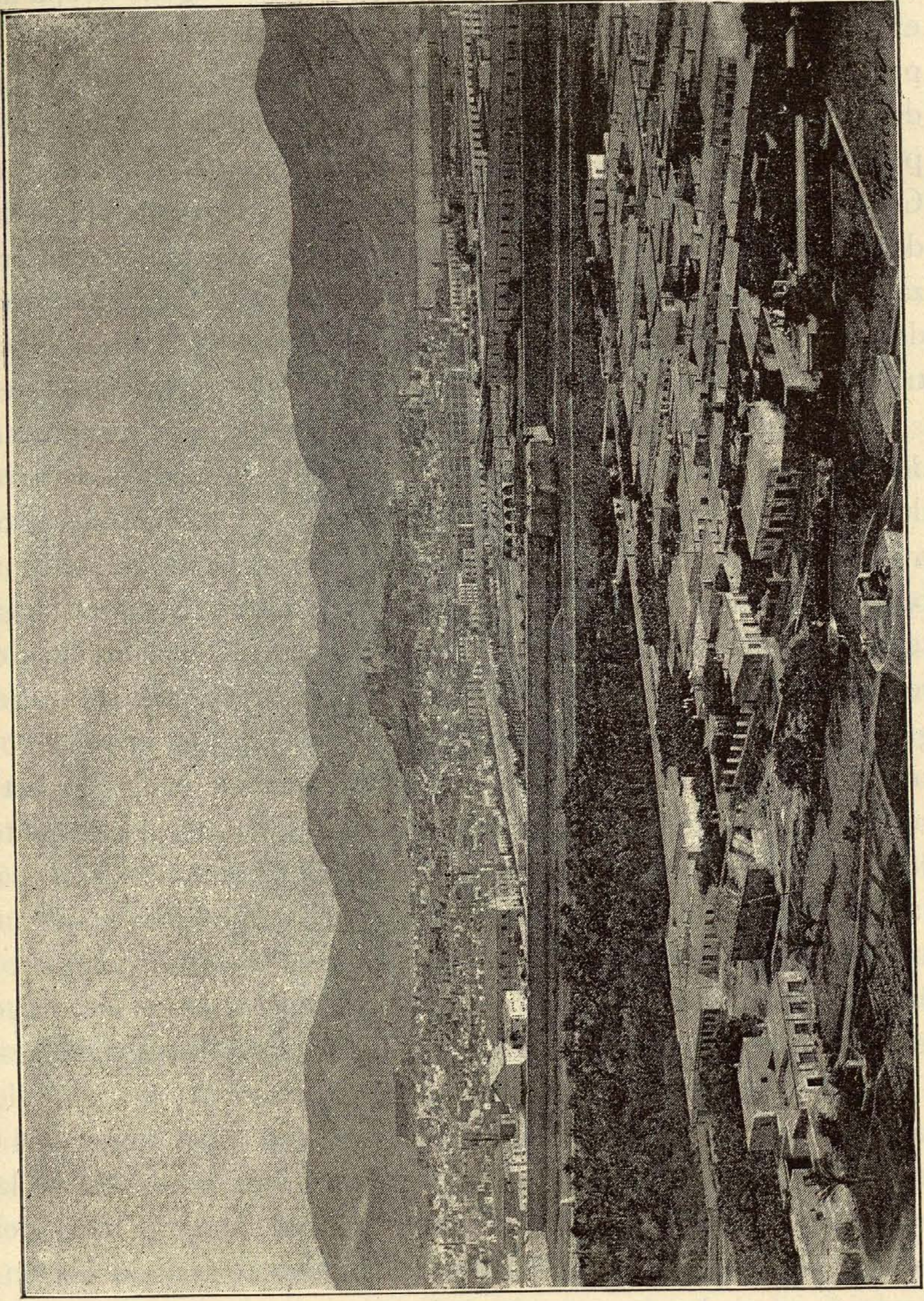


*Cerro de la Cruz*, coronado por el *Castillo de Despeñaperros*. Pero desde el instante en que, trasponiendo las bóvedas de la *Puerta de San José*, queda abierta á las miradas del viajero la anchurosa y alegre *calle de San Diego*, con la rampa que conduce á las fortificaciones por la derecha, el moderno é inmediato edificio de *La Misericordia*, á que sucede en la *Plaza de la Soledad* la iglesia de San Diego, con su desmochada torre de apariencias antiguas, y el desigual caserío de la izquierda, entrecortado por estrechos y pendientes callejones, que trepan por los cerros de la parte oriental de Cartagena, el espíritu se ensancha y regocija, contemplando aquella población que tanta resonancia tuvo en los tiempos antiguos, y que fué cabeza de una de las más dilatadas provincias en que repartió Roma el territorio de la feraz España.

Sólo allí es donde comprobando las afirmaciones anteriores, se advierte con carácter determinado y propio las diferencias que apartan y distinguen esta ciudad dependiente del que fué reino y hoy es provincia de Murcia, respecto de las demás ciudades de la misma jurisdicción política y administrativa, diferencias que comenzando por insinuarse en la formación del terreno, se hacen allí claras y patentes, acusando vitalidad exuberante el movimiento vigorizador moderno, al cual prestan y facilitan todos sus esplendores los progresos y los adelantos de la cultura conseguida en este último tercio del siglo XIX por nuestra España. La animación propia de los talleres y de las fábricas, reemplaza ventajosamente dentro de las murallas de Cartagena aquella solemne adormecedora majestad ambiente que se respira en Murcia y se respira en la mayor parte de las poblaciones castellanas, sintiendo desde un principio, bajo los ardorosos rayos del sol, entre las frescas brisas marinas que, como saluciones del comercio, envuelven la ciudad histórica, el aliento vivificador y acre de la industria, palanca poderosa en nuestros tiempos, á cuyos pies cede sus galas Ceres, avergonzada y trémula. No es por su importancia militar, ni por sus produccio-



MURCIA



CARTAGENA. — VISTA DE LA PLAZA DESDE TIERRA



nes agrícolas, ni por la belleza de sus campos, ni por su caserío, moderno y no del mejor gusto, por lo que Cartagena ocupa hoy en justicia, como en otros tiempos felices para ella, lugar de predilección entre las ciudades españolas: eslo sí, por aquel líquido y salobre elemento, que encerrado como en artificial depósito por los enhiestos montes que forman el puerto codiciado de Cartagena, baña humilde por mediodía y oriente las murallas de la ciudad, y por el afán de sus naturales, que ora buscan cruzando los mares los tesoros del comercio y ora penetran horadando las entrañas de roca de su afamada Sierra, los tesoros que transforma la industria extendiéndolos después por todas partes.

En balde será que con los ojos puestos en la historia, demande el arqueólogo á la ciudad hoy existente cuál ha sido la suerte de aquellos renombrados monumentos con que la ennoblecieron á porfía cartagineses, romanos y bizantinos; en balde será que busque afanoso en aquella población, que parece arrastrada naturalmente hacia el Mediterráneo, las huellas de sus dominadores musulmanes, ni que investigue tampoco ni inquiera por ningún lado dónde se encuentran las señas de la dominación cristiana, conseguida en pos de cerca de seis centurias de cautiverio. Todo ha desaparecido, todo ha sido borrado por el hálito de la vida moderna; y si Cartagena no puede competir en gallardía, como ciudad, con otras de Andalucía, si ha perdido cuantos testimonios guarda seguramente en sus removidos cimientos cual ejecutoria nobiliaria, no por ello es dable desconocer que está llamada por la industria y el comercio, sus dioses tutelares, á muy altos destinos, transformándose á medida que en ella vaya sentando su mano creadora el espíritu de los actuales tiempos que se cierne regocijado sobre ella, aun sin necesidad de la protección y de la tutela del Estado. Ni la solariega casa del hidalgo, con su portalada ennoblecida por el preciado blasón, esculpido en piedra; no tampoco la basilica ojival de elegante contorno, esbeltas proporciones, bellas portadas y calados chapiteles; no la iglesia plateresca, de bordados sillares, resaltadas frondas,



graciosos frontones y monumental cornisamento... nada de esto puede á tu interés brindar Cartagena; nada hallarás allí, lector, que despierte en ti la emoción estética engendrada por la contemplación de aquellos expresivos testimonios de la cultura conseguida en la antigua fundación de Hasdrúbal por las edades media y moderna, y tu desencanto, bajo este punto de vista, habrá de alcanzar mayores proporciones todavía, si con el recuerdo de las indicaciones de Cascales, de las noticias de los historiadores latinos, y el conocimiento de las reliquias alguna que otra vez allí, como por excepción descubiertas, pretendes descubrir por tu parte alguno de los rastros por los cuales sea cumplidero el ilusorio propósito de formar idea en la Cartagena de nuestros días, de aquella *Carthago Spartaria*, tan celebrada y famosa en otras edades!

No resultará injusto el juicio de aquellos que, dolidos por la ausencia y por el extravío de las reliquias artísticas y monumentales de los fenecidos tiempos, encuentren en la actual ciudad,—especie de crisálida pronta á convertirse indudablemente en mariposa,—censurable la arrogancia con que pretende reivindicar derechos há largos siglos prescritos, motejando á otras poblaciones, como Murcia, y aun mirándolas con soberano desdén, porque su extirpe y su progenie no alcancen abolengo ni tan ilustre ni tan dilatado... ¿De qué sirve á Cartagena el invocar los recuerdos de su grandeza, de su importancia y de su vida esplendorosa, si sobre ella, como huracán asolador, ha pasado el tiempo destruyéndolo todo implacable y sin entrañas?... ¿Dónde están aquellas construcciones portentosas que la embellecieron? ¿Dónde aquellas fábricas con que á porfía la ennoblecieron cartagineses, romanos, bizantos y musulmanes?... ¿Qué resta ya de todo ello?... El nombre, la memoria, consignados en epígrafes y en historias; pero nada más por desventura... Suele de vez en cuando surgir entre los escombros de sus vulgares edificios modernos algún resto de pavimento de mosaico; suele también descubrirse alguna que otra memoria litológica; pero ya no es



dable ni conocer el emplazamiento del foro romano, ni determinar el de sus templos, ni señalar con exactitud el arce, el teatro, el circo, ni el militar propugnáculo de Commenciolo, ni las thermas, ni ninguno en fin de los edificios que engalanaron la fundación de Hasdrúbal así en la Edad Antigua como en la Media....

Y sin embargo: semejante al hidalgo, cuya ejecutoria de nobleza se remonta á personajes de viso y de resonancia que vivieron en edades remotas é ilustraron la nacional historia; cuyo señorío patrimonial llegó á punto casi inverosímil; cuyas preeminencias y cuyos privilegios le autorizaron para figurar entre los primeros, y hoy, al cabo de los años, con el solar por todo patrimonio de su palacio, otro tiempo esplendoroso, con su ejecutoria amarillenta y empolvada, sus privilegios y sus preeminencias caducados y sin valor ninguno, sus sueños halagadores de grandeza, su orgullo aristocrático sin fundamento, desdeñando la vida vagabunda que conduce á la prostitución, anhelando con viril energía y noble aliento recuperar el prestigio perdido, se lanza impulsado por el espíritu moderno á empresas que acaso juzga indignas de su alcurnia, pero que habrán de devolverle la prístina y codiciada gloria de otros días,—así Cartagena, después de haber sido tan poderosa y tan grande, arruinada por los vándalos, por los visigodos y por los musulmanes, se ha entregado resignada en los brazos de la industria y del comercio, y con el auxilio de ambos, habrá de recobrar cuanto llora perdido há tan largas centurias. Mas no es para ello necesario que sus hijos, engreídos con lo noble del abolorio de la patria, lleven á tal exageración sus fantasías, para que forjando quimeras, contradiciendo cuanto no halague su pueril vanidad en este punto, y cerrando los ojos á la razón histórica, traten de levantar lo claro de su estirpe sobre las ruinas de otros pueblos, sus hermanos de más de diez siglos continuados y sin interrupciones (1).

---

(1) Aludimos al apasionado cartagenero y laborioso escritor, há poco fallecido, don Manuel González Huarques, en sus *Debates históricos sobre el obispado de*



Siguiendo en toda su longitud la hermosa calle que hasta la ajardinada *Plaza de la Constitución*, se llama *de San Diego, del Duque* hasta la *Plazoleta de San Ginés*, y recibe título *de los Cuatro Santos* en su último tercio, al desembocar en la *del Aire*, —compréndese, aun sin conocer la *calle Mayor ó de la marina*, la importancia mercantil de Cartagena, población que ha necesitado buscar forzosamente esparcimiento y desahogo fuera del recinto amurallado que la oprime y sofoca, en los barrios extramuros de San Antonio Abad, Santa Lucía y Hondón, donde se rinde culto principalmente á la industria. Dividido el casco de la ciudad en ocho cuarteles, cuenta fuera de la población militar, la penal y la del departamento marítimo, con cerca de 27,000 habitantes, agregando á los cuales la de los tres elementos oficiales citados que llega en conjunto á 9,181, la de los tres barrios extramuros, que asciende á 13,520, y la de los distritos rurales, que es de 43,816, arroja un total, como resumen, de 85,753 habitantes de derecho, que solamente llega á 84,171 de hecho, población en el concepto oficial, pero no verdadera en la práctica y contra la cual protestan los cartageneros (1).

---

*Cartagena, su catedralidad y otros asuntos* (Cartagena, 1881), quien, á título de la mayor antigüedad de esta última ciudad respecto de la de Murcia, no sólo pone de manifiesto el deseo de los cartageneros que aspiran á emanciparse de la influencia murciana, considerándose con fuerzas para constituir una nueva provincia distinta de aquella á que hoy corresponden, sino que zahiere á Murcia por ser población que no puede acreditar su existencia hasta los días de la dominación musulme, considerándola indigna de la capitalidad que ostenta. Como muestra de las exageraciones que indicamos, serán de mencionar las afirmaciones relativas á la venida de Tubal (pág. 147 y sigtes.), la desolación de Cartagena por los vándalos (págs. 35 y 337), la desolación de Cartagena por Suinthila (págs. 227, 292 y 293), el estado de Cartagena á la entrada de los sarracenos y durante su dominación (págs. 35, 36 y 131), el desembarco de Santiago en Cartagena (págs. 8 y 82), con otras varias diseminadas por los *Debates*. Nunca mejor que refiriéndose al Sr. González, pudo decirse que «pasión quita conocimiento».

(1) Tomamos estas noticias de un interesante artículo que con el título de *Censo de población* apareció en el n.º 356 del diario independiente de Cartagena *El Mediterráneo*, correspondiente al 10 de Abril de 1888. Según el Censo de 1877 y contando la población militar, Cartagena figura con 34.246 habitantes, y según censo parcial de 1885 sin la parte militar, constaban en los ocho cuarteles 6,318 vecinos con 27,009 habitantes. Conforme los datos estadísticos publicados por *El*



La naturaleza del terreno, sensiblemente accidentado á la parte de mediodía y levante, da con efecto aspecto singular á la población, que aparece encaramada en lo alto de aquellos cuatro cerros escabrosos de que hablaba Polybio, y desde los cuales se domina el panorama del resto de la ciudad, tendida en estrecha explanada que, con entrecortadas ondulaciones, se dilata por el ocaso y el N. erizada de baterías y de baluartes; y participando á la vez del carácter de las ciudades andaluzas y el de las levantinas, guardando muchos y extremados puntos de contacto con Valencia, recuerda desde la *Plaza de San Sebastián*, donde se halla el casino, y donde toma nacimiento y origen la *calle Mayor ó de la Marina española*, aquella otra *calle de las Sierpes* en Sevilla, donde con los comercios principales se agrupan los cafés, suntuosos en su mayor parte, y los hoteles con aspiraciones y pretensiones no escasas, y donde se hace frecuente paseo y nunca se interrumpe el tránsito. No por ello deja Cartagena de ofrecer, en medio de sus anhelos de capitalidad y

*Mediterráneo*, la población del casco de la ciudad, dividida en cuarteles, es como sigue:

	Varones	Hembras	Total
1.º	975	1,144	2,119
2.º	4,320	1,039	5,359
3.º	1,326	1,481	2,807
4.º	3,928	2,222	6,150
5.º	1,847	2,286	4,133
6.º	1,019	1,278	2,297
7.º	1,413	1,684	3,097
8.º	364	509	873
	<hr/>	<hr/>	<hr/>
	15,192	11,643	26,835
Guerra.	5,009	»	5,009
Marina.	2,902	»	2,902
Penal. .	1,270	»	1,270
	<hr/>	<hr/>	<hr/>
	24,373	11,643	36,016

La de los barrios extramuros es:

San Antonio Abad.	3,481	3,574	7,055
Santa Lucía. . .	2,709	2,686	5,395
Hondón. . . .	562	508	1,070
	<hr/>	<hr/>	<hr/>
	6,752	6,768	13,520



de independencia respecto de Murcia, las naturales analogías que constituyen el carácter típico por decirlo así en lo que fué antiguo reino murciano: « las ventanas de rejas salientes », como en Murcia, como en Cieza, como en Lorca, y cual en todas las poblaciones sus hermanas, aunque de importancia y valer más ó menos secundarios, « adornadas de persianas y repetidas incesantemente en los edificios de dos ó tres pisos; las tiras de cielo del más alegre azul, las vías y las playas plantadas de enanas palmeras; las notas verde y celeste, una en los infinitos trozos de cielo que por do quiera se descubren, y otra en el profuso y extenso balconaje, es lo que sin cesar descubren los ojos, allí donde van á fijarse, cuando no tropiezan con los animados comercios del tránsito, con el bullicio de la gente que va y viene en todas direcciones, con los vendedores de pescado que ponen sus cestas al borde de las aceras, con los puestos de buñuelos donde la gitana forma los aros con la masa, con el vaciador de tijeras, con el bazar de quincalla, con la lujosa betunería, con el cochero que conduce de las riendas el caballo, el cual mira por los dos círculos de tela de su traje, con los infinitos extranjeros que dan á la ciudad el aspecto de un mercado europeo, con los marinos que recorren las calles, con los productos comerciales que se descubren en todas las tiendas, y con el aspecto de ciudad abierta al progreso y á la vida, que ofrece las escaleras de sus muelles á todos los viajeros del mundo, y á pasajeros de todas las naciones » (1).

Al extremo meridional de la *calle de la Marina española*, plantada de palmeras enanas, se abre la *Plaza de Santa Catalina*; y en uno de los frentes que la encuadran, demandando á la ciudad nueva y más decorosa fábrica, levántase el edificio insignificante y no del mejor gusto, donde se hallan á la par establecidas las *Casas Consistoriales* y la *Aduana*; y seguramente, lector, pasarías indiferente por delante de esta construcción, si

---

(1) RUEDA, art. cit. de *El Globo*.



en ella no supieras que no con el más discreto acuerdo se guarda las reliquias epigráficas en que ensayaron con otros muchos, Ambrosio de Morales, Cascales, Montanaro, Soler y el Conde de Lumiares sus estudios respecto de la antigua grandeza de la *Carthago Spartaria*, tan ponderada y tan famosa. Allí, empotradas sin orden ni concierto en la caja de la escalera, haciendo imposible su estudio y su lectura, consérvase con efecto crecido número de epígrafes en estado fragmentario en su mayoría, y de grande interés ciertamente para el de Cartagena, que presume ver en aquellos irregulares y ennegrecidos trozos de mármoles su más noble ejecutoria. Proceden casi en su totalidad de la que en el pasado siglo era llamada aún *Casa de los cuatro santos*, en la subida al derruido *Castillo de la Concepción*, edificio aquél reemplazado por el *Asilo de las Hermanitas de los Pobres*, donde no resta otra memoria que la siguiente inscripción esculpida en una lápida ovalada, empotrada en el muro del lado de la epístola al pie de la muy humilde capilla del citado establecimiento benéfico, la cual lápida, reproduciendo el error tradicional, nacido de la gratuita afirmación del Tudense, declara en doce líneas que se acomodan al movimiento del óvalo:

ESTA CASA  
 DEL DVQVE SEVERIANO A  
 DONDE NACIERO SVS HIJOS  
 S. FVLGENCIO OBP. DE CARTHAG.<sup>A</sup> S. LEA  
 DRO S. ISIDORO ARÇOBISPOS DE SE  
 VILLA S.<sup>TA</sup> FLORENT.<sup>A</sup> FVNDADORA DE  
 50 MONESTERIOS LA REINA THEO  
 DORA MADRE DE S. HERMENEGILDO MR.  
 REEDIFICOLA D.<sup>N</sup> SANCHO DAVILA  
 Y TOLEDO OBPO. DE CARTA  
 GENA AÑO DE 1592

Llegando al número de treinta y cuatro los epígrafes fragmentarios que en la disposición dicha figuran en la Casa de Ayuntamiento, sólo es dable entender algunos de ellos, pues ni la colocación en que se ofrecen, ni la luz á que se muestran, consienten el detenido estudio á que son acreedores y han me-



recido ya á muy insignes epigrafistas desde el siglo XVI á nuestros días. Haremos no obstante mención de aquellos cuya lectura resulta menos difícil por las circunstancias indicadas, dando principio en la zona inferior, por el lado de la derecha:

I.<sup>a</sup>—Lápida sepulcral la primera de este lado, mide 0<sup>m</sup>55 de ancho por 0<sup>m</sup>46 de alto y consta de las siguientes cuatro líneas:

TITINIA · O · L  
MARTA  
HIC · SITAST  
AVE · VALE (1)

II.<sup>a</sup>—Sepulcral asimismo, mide 0<sup>m</sup>35 de ancho por 0<sup>m</sup>33 de alto y dice en tres líneas:

T L  
MARTA  
HIC SIT (2)

III.<sup>a</sup>—De igual naturaleza, con 0<sup>m</sup>62 de ancho por 0<sup>m</sup>51 de alto y cinco líneas:

NVMISIA · C · L ·  
S E C V N D A · S E ·  
VIVA · FECIT · SIBI · ET  
M A T R I · S V A E  
POSTEA · HIC · SITA · EST (3)

IV.<sup>a</sup>—Conmemorativo sin duda alguna este fragmento, sólo conserva la frase:

DECVR · SENTENT (4)

(1) HÜBNER, 3507.

(2) ID., 3483.

(3) Refiere el Conde de Lumiares, al publicar este epígrafe bajo el número XXXV, que «el día 4 de Septiembre de [17]82, continuando las excavaciones para el terraplén de la nueva muralla de Cartagena, se descubrió un panteón en la falda del castillo que mira al mar». «Ocupaba la concavidad de éste una caja semejante á un ataúd de madera que se conservaba incorruptible en partes; en el frontis del panteón estaba la inscripción de NVMISIA» y otra de que luego hablaremos, «en el ángulo de la derecha»; tenía el panteón pavimento de mosaico «en cuyo centro había una gran losa de 8 palmos en quadro» (*Inscripciones de Carthago Nova*, pág. 91).

(4) HÜBNER, 3431.



V.<sup>a</sup>—Sepulcral y cerrada por moldurado marco, consta de estas tres líneas:

LVCRETIA · O · L  
PRIMA  
SALVE (1)

VI.<sup>a</sup>—Es parte de un cipo de mármol, y conserva restos de seis líneas, diciendo:

D · MANIBVS  
.....ECVND  
.....CORNELIA  
.....MODERAT  
.....RIAE C · F  
.....VANAE (2)

VII.<sup>a</sup>—Segunda fila.—Mide 0<sup>m</sup>47 de ancho por 0<sup>m</sup>23 de alto y consta de tres líneas:

L · FABRICIVS  
TLF  
EIMI

VIII.<sup>a</sup>—Sepulcral, cerrada por un marco moldurado y ya en la tercera fila, mide 0<sup>m</sup>61 de ancho por 0<sup>m</sup>44 de alto, diciendo en las tres líneas de que consta:

T · CAESSIVS · T · L ·  
S E L E V C V S  
HIC · SITVS · EST (3)

IX.<sup>a</sup>—De igual naturaleza, de tres líneas y con 0<sup>m</sup>37 de ancho por 0<sup>m</sup>32 de alto:

CN · NVMISIVS  
CN · L · QVINCTIO  
HIC · SITVS (4)

(1) Procede de la *Casa de los cuatro santos* (LUMIARES, *Op. cit.*, inscrip. IX, pág. 39).

(2) De igual procedencia. Lumières la inserta al núm. IV (pág. 21) algo más completa y con alguna interpolación errónea. HÜBNER, 3503.

(3) Estuvo «en la pared de la Capilla de Santiago en el paseo de Santa Lucía», y fué hallada «en las excavaciones que se hicieron en el muelle en el año 1726»; publícala Lumières al núm. XXIV (pág. 68), escribiendo CASSIVS por CAESSIVS. HÜBNER, 3458.

(4) Procede de la *Casa de los cuatro santos* y Lumières la publica íntegra al núm. XI, pág. 44.



X.<sup>a</sup>—Sepulcral y cerrada también por su correspondiente marco moldurado, dice en las tres líneas que forman el epígrafe:

D · MARIO · D · L  
ALERIO  
FRATRI (1)

XI.<sup>a</sup>—De iguales condiciones que la precedente, consta de cinco líneas:

CAESSII COS  
MVS · ET · IVCVN  
DA · M · CAESIO  
COSMIONI PIO  
FILIO ANN XX (2)

XII.<sup>a</sup>—Consta de tres líneas incompletas, en esta disposición:

CN · ATELLIV....  
CN  
VIXIT CVM.... (3)

XIII.<sup>a</sup>—Sepulcral asimismo, consta de tres líneas y dice:

LVCRETIA SPL  
POLLA  
SIBI · ET · SVIS (4)

XIV.<sup>a</sup>—De igual carácter, aunque ya en la cuarta fila:

CN · FVLVINI  
VS · LALVS  
AN · LXXIII · H · S · E (5)

(1) De igual procedencia (LUMIARES, inscrip. núm. V, p. 29). HÜBNER, 3482.

(2) HÜBNER, 3456.

(3) Lumiáres (inscrip. XXIII, pág. 67) la publica íntegra, diciendo:

CN · ATELLIVS  
CN · L · TEOFRAST  
VIXIT · CVM · FIDE

(4) *Lucretia spurii liberta Polla, sibi et suis*. Publícala Lumiáres al núm. VIII, pág. 36, aunque sin decir su procedencia. HÜBNER, 3477.

(5) LUMIARES, núm. VI, p. 31.—Procede de la *Casa de los cuatro santos*. HÜBNER, 3466.



XV.<sup>a</sup>—Fragmento de la quinta fila, que mide 0<sup>m</sup>60 de ancho por 0<sup>m</sup>45 de alto:

L · CAPRILL  
LVCRION (1)

XVI.<sup>a</sup>—Sepulcral, como la mayor parte, consta de cuatro líneas, diciendo:

CN · MATICIVS · OL ·  
FELIX H · S · E ·  
LVCIA OO LAVCTA  
H · S · E (2)

XVII.<sup>a</sup>—Cerrada por un marco moldurado, consta de tres líneas, expresando en ellas:

M · AEMILI · M · L ·  
ZENONIS  
ATELLIANI (3)

XVIII.<sup>a</sup>—De la época bizantina y con cuatro líneas de inscripción, léese en este epígrafe:

+ ΥΠΕΡΑΝΑΙΣ  
KSEOTERIASTS  
MAKARIAS KR  
....KITOYRAS + (4)

(1) HÜBNER, 3457.

(2) Inscip. XVII de Lumières, pág. 49.—Ignórase su procedencia.

(3) En tiempo de Lumières se conservaba «á la derecha de la puerta de la casa de campo de Don Joseph Clos, á media legua de Cartagena», habiendo estado antes «en el hondón del lavadero», y descubierta «en el camino de la Torre ciega» (Inscip. núm. XXXI, pág. 85).

(4) SOLER (*Cartagena ilustrada*, t. I, pág. 104) leyó:

+ ΥΠΕΡΑΝΑ ΕΤ  
KASCOTERIASYS  
MAKARIAS KR  
IEKITOYRAS +

Lumières (inscrip. núm. XLVIII, pág. 112), haciendo constar que en su tiempo existía «en la pared de la casa de los Santos», observa: «Los caracteres y ortografía son bárbaros; la R no es griega, tal vez fué olvido del cincelador dexar de grabar un Υ Ypsilon entre la K y la R de la tercera línea, de suerte que dixese bárbaramente KΥRIE, y se leyese más bárbaramente *Dominæ* en ge-



XIX.<sup>a</sup>—Cerrada por moldurado marco y comprendiendo dos epígrafes sepulcrales, separados hoy en la apariencia por una rozadura acanalada, dice de esta suerte:

C · GEMINIV[S]	C A E S I L I A
FAVSTVS	T · F · CORNELA
.....	AN · L · H · S · E (1)

XX.<sup>a</sup>—Reducida á insignificante fragmento, conserva parte de dos líneas, diciendo:

... ERNIA  
... FLMNES (2)

XXI.<sup>a</sup>—Sepulcral, figura en la sexta fila con tres líneas, midiendo 0<sup>m</sup> 28 de ancho por 0<sup>m</sup> 16 de alto:

D M S ·  
FIRMVS · AN  
VII · H · S · E · S · T · T · L · (3)

nitivo»: entre estas y otras combinaciones, que serían molestas aquí, resulta que la inscripción guía á que su todo sea:

*« Pro quiete  
et salute (aeterna)  
Beatae Do-  
minae Kitourae*

*suple votum.»*

«Monumento puesto por la quietud, y salud eterna de la buena Señora Kitoura, por voto que hizo.» En la actualidad no se distingue las dos primeras letras de la cuarta línea.

El docto Hübner la transcribe en esta forma:

+ ὑπερ αναπ[ύσεω]ς  
κ[αί] σεωτηρίας τ[ῆ]ς  
μακαρίας κ[υ]ρ  
ἱη[ς] Κιτούρας +  
*Para descanso  
y memoria de la  
difunta se-  
ñora Kitoura*

(1) LUMIARES, inscrips. XIII y XIV, pág. 46.—Procede esta lápida de la *casa de los Santos*. HÜBNER, 3469 y 70.

(2) Da noticia de este fragmento Lumiares, expresando que con otro se hallaba colocado «al piso de la puerta de la casa que vive el sacristán de la iglesia de los Santos» (pág. 49).—Copia el fragmento y á nuestro juicio con error.

(3) Procede de la *casa de los Santos*: la publica al núm. VII Lumiares, pág. 33. HÜBNER, 3464.



XXII.<sup>a</sup>—Cerrada por marco moldurado en la séptima hilera, consta de tres líneas y dice:

OCTAVIAE · T · F · HIBE  
POMPEI · FL · AC  
HIBERA · M · A.....

XXIII.<sup>a</sup>—No completa y también sepulcral, dice:

L · TITINIVS · P · .....  
HEIC · SEPV.....  
EST · AVE · ET..... (1)

XXIV.<sup>a</sup>—Cerrada por marco moldurado, dice en dos líneas:

PRIMILLA E  
POST · MOREM (2)

XXV.<sup>a</sup>—Ilegibles las tres restantes de esta séptima hilera, así como las dos primeras de la octava, hállase en tercer lugar en esta última la siguiente, que consta sólo de dos líneas:

C · NVMISIVS  
CLEMENS (3)

XXVI.<sup>a</sup>—Labrada en una cartela moldurada consta de estas tres líneas:

APELLIA  
CN · L · CLEVNICA  
HEIC · SITAST (4)

XXVII.<sup>a</sup>—Colocada en sitio donde apenas es dable su lectura, consérvase entre los más notables, aunque muy maltratado, el siguiente epígrafe:

RE/////////IVBAE · RE////  
IVBAE · FILIO · REGIS ///  
IEMP/////////ISN · REGIS · GA  
PRON/////////OTI · REGIS · MASIN  
////RO · NEPOTIS · NEPOTI  
II · VIR · QVINQ · PATRONO  
COLONI

(1) HÜBNER, 3506.

(2) De igual procedencia, inscrip. XVI de Lumières, pág. 48. HÜBNER, 3498.

(3) Véase lo dicho en la nota del epígrafe III.—LUMIÈRES, inscrip. XXXIV, pág. 91. HÜBNER, 3485.

(4) HÜBNER, 3451.



XXVIII.<sup>a</sup>—Prescindiendo de la restante, en el descanso ó galería de la mencionada escalera, existe el siguiente fragmento:

..... R · II · VIRI · QVINQ · PVBLIC.....  
 [q]VI · ET · VIXIT · ET · CECIDIT · R · P · C.....  
 [q]VANTI · FVERIT · INTER · SVOS · ET · VIV[o]..  
 ..... (1)

XXIX.<sup>a</sup>—Empotrada en el muro de la galería de los miradores figura con diez líneas íntegro este epígrafe:

M · VALERIO  
 M · F · QVIR  
 VINDICIANO  
 F L A M I N I  
 C O N V E N T V S  
 C A R T A G I N E N S I S  
 E S T A T V A M  
 D E C R E V I T  
 C O N V E N T V S  
 C A R T A G I N E N S I S (2)

XXX.<sup>a</sup>—Empotrada al otro extremo, y midiendo 0<sup>m</sup>47 de ancho, se halla la interesante inscripción siguiente, que consta de hasta trece líneas y dice:

I V L I A E A V I T A E  
 M A M E A E A V G  
 M A T R I D O M I N E  
 N̄ S A N C T I S S I M I  
 I M P · S E V E R I A L E  
 X A N D R I P I I F E  
 L I C I S A V G · E T  
 C A S T R O R V M E T  
 S E N A T V S E T P A  
 T R I A E · E T V N I V E R  
 S I · G E N E R I S · H V  
 M A N I · C O N V E N  
 T V S K A R T H A G (3)

(1) LUMIARES, inscrip. núm. XXXII, pág. 86. HÜBNER, 3435.

(2) Id., inscrip. núm. XXV, pág. 69. En el original, en la séptima línea, dice ESTATVAM.

(3) Id., inscrip. núm. XXVIII, pág. 81. HÜBNER, 3413.



XXXI.<sup>a</sup>—Tendida en el suelo, en la misma galería, se guarda el epígrafe de Commenciolo, reproducido ya arriba (1), como se conservan en las dependencias otros distintos recogidos allí desde principios de este siglo seguramente (2).

No son éstas sin embargo las únicas memorias epigráficas descubiertas en Cartagena (3), ni tampoco los únicos monumentos que de la antigüedad el acaso ha devuelto para el estudio en la que fué opulenta metrópoli de la provincia cartaginense. Demás de las que demandando para decoro de la pretendida fundación de Teucro más propio local, y método de exposición más adecuado, existen recogidas en la Casa de Ayuntamiento,—guardan

(1) Véase el cap. IV de este libro, pág. 113.—Mide dicho epígrafe 1<sup>m</sup>,88 de latitud por 0<sup>m</sup>,49 de alto.

(2) Así se deduce del ejemplar que tenemos á la vista de la obra de Lumiares, donde al reproducir éste una inscripción publicada por Muratori y que considera perdida (pág. 128), se halla al margen la nota: «Está en la casa de Ayuntamiento de Cartagena en Agosto de 1803.» Ignoramos á quién haya pertenecido este ejemplar. Hübner (*Ephemeris historica, Additamenta ad titulos hispanos*, t. II, pág. 248) inserta la siguiente inscripción «in Carthagine nova reperta ibique servata; litteris bonis saeculi primi:

L · VERGILIVS  
L · L · HILARVS  
SVTOR · HIC  
SITVS · EST · F · C ·  
VXOR · ET · LIBETI (*sic*)

(3) De piedra negra jaspeada del país, y midiendo 0<sup>m</sup>,60 de alto por 0<sup>m</sup>,50 de ancho, fué según los papeles del arqueólogo murciano Sr. D. Juan Albacete, hallada en los derribos de la *calle de los cuatro Santos* la siguiente lápida, cuyo paradero actual se ignora:

+ HIC IACET  
SATVRINA QVI  
VIXIT ANNOS  
SEX ET REDIVI  
IN////CE SIQVIS  
TE//// CAVERISTO  
MONVMENTO A  
////AT////ARTE CON  
IVDA ISCARIOTE

Véase además los trabajos de Hübner, acerca de la epigrafía latina, pagana y cristiana, y el muy interesante recientemente publicado con el título de *La Arqueología de España*.



los particulares y guardan el *Museo Arqueológico Nacional* como el provincial de Murcia algunas otras, borradas en mucha parte ya las huellas de aquellas que publicaron diligentes Ambrosio de Morales, Montanaro, Muratori, Grutero, Onón, Reinesio y Soler, y que con discreto acuerdo reproduce el conde de Lumiáres (1), acreditando así lo que nunca fué puesto en tela de juicio por nadie: la importancia de aquella población en los días de la dominación de Roma. Era entonces Cartagena, rodeada cual hoy por fuertes murallas,—ciudad cuyo diámetro según el testimonio de Polybio, con tanta frecuencia invocado por los encomiadores de la antigua *Iulia Victrix*, llegaba á medir sólo veinte estadios, ó sea la octava parte de una milla: en su recinto, sólidamente fortificado, que con el *Arce* constituía la *urbs* propiamente dicha, levantábanse con efecto muy suntuosos edificios, figurando entre ellos los «templos en honor de *Mercurio Theutate* (2), Esculapio (3), Ulcano y Aletes (4), á quien por haber hallado las minas de plata colocaron [los romanos] en el número de sus dioses (5).» «Parece,—añade el escritor á quien seguimos,—dedicaron otro templo á Saturno, según indica el nombre que dieron á una de las tres colinas sobre las cuales estaban dichos templos» (6). «Polibio da el título de *magnífico* al palacio que se creía edificado por Asdrúbal, y la Curia ó Chancillería de la provincia estuvo en la falda del castillo, la qual en tiempo de los godos reparó el Patricio Comenciolo, cuyos escombros y ruinas aparecen cada día, advirtiéndose algunas empleadas en varias obras particulares, especialmente en la Iglesia mayor» (7), y conservándose hasta 1598 parte del acue-

(1) *Inscripciones de Cartago Nova que no existen, y constan sólo por relación de los Autores que las publicaron*, pág 113 á 138 de su interesante libro.

(2) TITO LIVIO, dec. 3, lib. VI, cap. XIX.

(3) POLYBIO, lib. X, cap. III.

(4) Id., id.

(5) Id., id.

(6) Id., id.

(7) LUMIARES, *Op. cit.*, pag. XII y XIII.



ducto «que conducía á Cartago las aguas de la fuente de Cubas» (1).

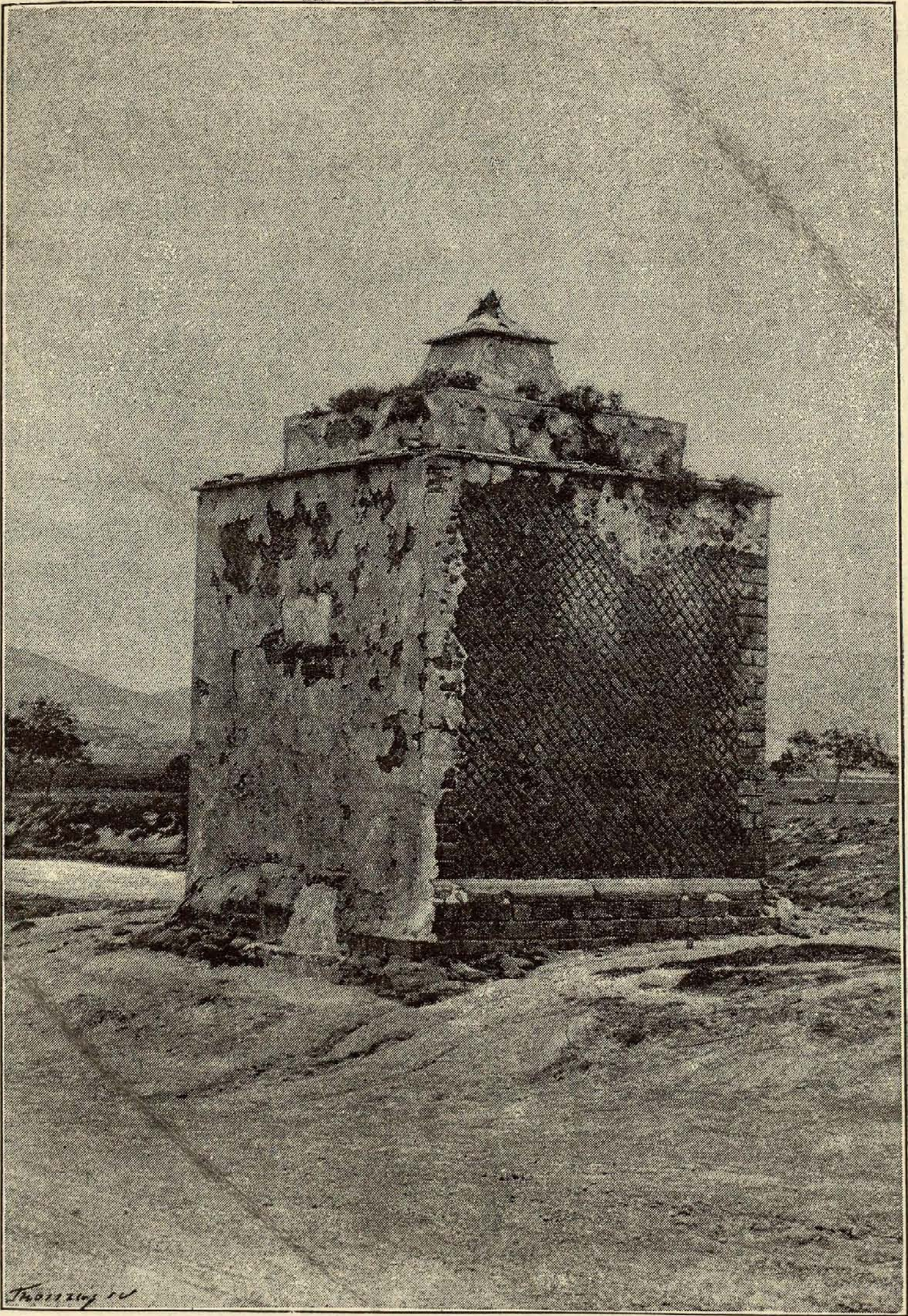
Fuera de aquel recinto amurallado, extendíanse á la sazón, como hoy los barrios de Santa Lucía y San Antonio Abad, los *vicos* ó barrios donde habitaban los naturales sometidos, reservada la *urbs* á la gente de progenie propiamente latina; y ennoblecidos, cual en otras varias poblaciones y colonias de España, por las fábricas así del *Teatro*, como del *Circo*, contribuían cual filiales á la grandeza de la ciudad que los mantenía sujetos á su yugo, bajo la activa vigilancia del fortísimo *Arce*. Restos quedan aún, en la parte NE., de la que fué vía romana; y abandonado, acusando de censurable la incuria de los mismos que ponderan apasionados la importancia de Cartagena y pretenden sobreponer el prestigio de la antigua ciudad al de ciudades más modernas, exigiendo mayor piedad para su conservación,—á la orilla de aquella vía, como á un kilómetro de los muros, todavía, deformado y triste y solitario subsiste muy interesante monumento, respecto de cuya naturaleza han sido bien diversas las opiniones sustentadas entre los doctos. Aludimos á la llamada *Torre Ciega*, levantada á la izquierda del descuidado camino que toma origen en la *Puerta de San José*, y va en dirección al N. para internarse en la campiña.

Su aspecto, para quien pretenda formar de este monumento juicio por las reproducciones modernas, no se aparta en verdad gran cosa de aquellos *marabuts* ó panteones musulmicos que esmaltan de vez en cuando las praderas y los alrededores de las ciudades africanas; de planta cuadrada, cubiertos de cal tres

(1) LUMIARES, *Op. cit.*, pág. XIV. Hace constar con toda diligencia Lumiáres, que «estos, y otros suntuosos edificios, que ennoblecían á Cartagena en aquellos tiempos, reducidos á ruinas, poblaron la ciudad de inscripciones, estatuas, baxos relieves, y otras preciosidades, las quales abandonadas despues á una nacion meramente guerrera, perecieron totalmente, ó aprovechándose los extranjerios de nuestra indolencia las transportaron á sus países, como hizo el Duque de Trayecto, Vespasiano Gonzaga, quando en el reynado de Felipe II reparó de su orden la fortificacion del castillo.»



MURCIA



*Thomson 10*

CARTAGENA.—LA TORRE CIEGA



de sus cuatro haces, coronado hasta hace poco por un remate sobre el cual, como símbolo de redención, plantaba entre palmas una cruz de madera,—no parece con efecto en las reproducciones recordar memoria alguna de tiempos anteriores á la dominación mahometana; pero cuando en presencia de aquel mudo testigo de las generaciones y de los tiempos, que, inmóvil en tan apartado sitio, ha visto sucederse unas en pos de las otras las culturas de los diversos pueblos que lucharon por apropiarse las corrompidas reliquias del imperio romano, ha contemplado quizás á Cartagena en la cumbre de su prosperidad y de su apogeo, la ha visto después asolada por los vándalos y los suevos, entregada á los bizantinos que la restauran, destruída por Suintila, vencida por los musulmanes, caída ya de su antigua grandeza, aunque no aniquilada, y en 1244 rescatada por san Fernando de la esclavitud del Islám; cuando el viajero y el estudioso se detienen llenos de respeto delante de aquella reliquia de tan remotas edades, entonces desaparece toda vacilación, huye toda incertidumbre, y el monumento por sí propio, con elocuencia no desconocida, declara su filiación y su progenie.

De planta cuadrada, repetimos, levántase, tual puede todavía comprobarse por la fachada del N., sobre un basamento general que aparece formado por tres hiladas de sillarejos perfectamente cortados, cada una de las cuales mide respectivamente 0<sup>m</sup> 12 de altura la primera, 0<sup>m</sup> 14 la segunda y 0<sup>m</sup> 15 la tercera, de la que arranca escociada moldura, llegada ya á muy extremo deterioro y en la que se cuenta 0<sup>m</sup> 21, arrojando por tanto el basamento, según hoy puede ser apreciado, un total de 0<sup>m</sup> 62 de altura. Ya en esta parte, y demostrando aquella singular destreza de construcción que hubo de caracterizar á los artistas romanos, y hace más de sentir el extravío de las ruinas de los demás edificios de Carthago Nova,—cerrada en los extremos á manera de marco por prolongados rectangulares sillarejos terminados en ángulo agudo y de dos dimensiones, según la naturaleza del aparejo lo demandaba, extiéndese vistosa y



peregrina «á modo de tablas de axedrez,» según la expresión de Montanaro, la construcción de las caras del monumento, compuesta de sillares «no mayores que muy pequeños azulejos,» cual decía Cascales, y con tal pulcritud enlazados que no parece aquella que los romanos denominaban por su semejanza con las mallas de la red, *opus reticulatum*, sino labor esculpida en un solo bloque de piedra. Cuenta de latitud 4<sup>m</sup> 19 por análoga altura, donde se muestra decorada por ligera cornisa ó «ceja salidiza,» haciéndose hoy encima de aquel cuadrado dos especies de gradadas en disminución, sobre la última de las cuales se inclinaba un tiempo marchita y medio arrancada ya por los vientos, mustia rama de palmera.

Desprendida en algunas partes la cal con que fueron impia- mente cubiertas en el pasado siglo las caras de levante y de po- niente, descúbrese en ellas el *opus reticulatum*, formado de «unas piedras negras y cuadradas, no vistas en aquel territorio,» cual escribe Montanaro para ponderar la importancia del monumento, mientras restaurada la cara del S., donde parece han sido hechas algunas calas y principalmente en la parte inferior, presenta como avergonzada aquélla insigne memoria romana el apéndice de pie- dras y de cantos con que la restauración fué intentada en la últi- ma centuria. Ofrecíase en ella, y en los tiempos en que escribía Lumières, á tal extremo llegado el monumento, que, sólo de él restaba el cuerpo cúbico, desprovisto de la «ceja salidiza,» de que hablaba Cascales, con más apariencias de frogón ó ruina informe que de otra cosa, á juzgar por la lámina que aquel es- critor publica (1), conservando todavía entonces legible en parte

(1) Véase la pág. 106 de sus *Inscripciones de Carthago Nova*; «en el año de 1783,—dice en la página siguiente,—la examiné prolixamente por tercera vez, sacando el diseño de la forma que estaba derruido; pero segun Don Nicolás Mon- tanaro en su manuscrito, en el de 1706 estaba aun íntegro en la forma que mani- fiesta la lámina» con que acompaña el estudio. «Este precioso monumento de anti- güedad,—prosigue,—no solo se empezó á aniquilar, sacando las piedras para otros usos; si que en el año 1786 se cubrió de argamasa, revistiéndolo por la superficie para colocar una inscripcion que dixera habia pasado por aquel camino el P. Die- go de Cádiz, de que justamente se dolió el diarista de aquella ciudad.» «Esta lápi-



en la cara de levante y esculpida en piedra blanca, una inscripción, de la cual nada es dable ya entender al presente. Cascales, asegurando que «semejante á éste [monumento] hay otro (1) en el mismo paraje, todo derribado por el suelo, y un pedazo del escaqueado de piedras, unas blancas y otras negras, que hacen un viso muy agradable», tuvo la fortuna, según afirma, de verlo íntegro, cual lo vió todavía Montanaro en 1706, haciendo constar que «encima de esta obra quadrada se hace una ceja salidiza; y de aquí arriba está fabricado un cuerpo esférico escaqueado, ni más ni menos, y sobre él un cordón de piedras largas, vara y media, todas iguales; y remata la torre en un chapitel redondo, á manera de campana, con la misma arquitectura que lo demás del túmulo, ó torre» (2).

El epígrafe de la cara de Levante, cual lo entendió é interpretó el ilustre autor de los *Discursos históricos de Murcia*, pretendiendo clasificarla y uniendo y dividiendo las letras, conforme le convino, decía:

T · DI · DI · P · F · COR · ,

ó sea *Tumulus dicatus divo Cornelio Publio filio*, con lo cual deducía que fué erigido dicho túmulo «para conservar en él las cenizas» del insigne conquistador de Carthago Nova, el vence-

---

da,—dice otro escritor contemporáneo,—no se puso, y sí una magnífica cruz de hierro que hace algunos años desapareció, siendo reemplazada con otra de madera toscamente construida,» que también ha desaparecido (*La Torre Ciega*, art. publicado en la revista *Cartagena Ilustrada*, por el Sr. D. Adolfo Herrera, número 5, correspondiente á Setiembre de 1871).

(1) *Disc. de la ciudad de Cartagena*, pág. 329. Lumières hace constar, corrigiendo algunos errores, que «en el Itinerario de Alcalá á Roma, que Jayme Lopez de Zúñiga dirigió á su hermano Juan, y publicó Andrés Escoto,» hay memoria de este monumento, diciendo Zúñiga: «Al levante de esta (Cartagena), vimos un teatro enteramente destruido, y hallamos al poniente los vestigios de un dilatadísimo aqüeducto, y tambien vimos al oriente, á distancia de una milla, sepulcros de los Romanos, que formaban como unas torrecillas, en forma de pirámides, de las que todavía se advierte una entera, fabricadas de piedras blancas y negras, obra de sillería, en cuyo remate se guardaban las cenizas de los muertos» (*Inscrip.*, pág. 109).

(2) CASCALES, *Disc. cit.*, pág. 329.



dor de Hanníbal Publio Cornelio Escipión, opinión á que aparecen opuestos Montanaro y Lumiáres, leyendo en cambio:

T · DIDI.....F  
COR.....,

*Tito Didio Publi Filio Cornelia...*, á *Tito Didio*, hijo de *Publio*, de la Tribu *Cornelia*, epígrafe votivo por el cual se revela que «sin duda se erigió la pirámide en honor de Tito Didio, que fué Cónsul en el año DCLV A.V.C.» y de cuyos hechos «en España tratan Apiano de Alexandria, Sexto Julio Frontino, el Epítome de Livio, A. Gelio, Julio Obsequente, los Fastos Capitolinos y Plutarco» (1). Negado el carácter de sepulcral al monumento, Lumiáres perdía de vista, sólo porque en la lápida no aparecen las fórmulas *Diis manibus*, *é hic situs est*, *sit tibi terra levis*, no siempre grabadas en las memorias sepulcrales, que aquel túmulo, modesto remedo de los que eran en Roma construídos sobre las cenizas de los personajes históricos y los emperadores, demás de hallarse fuera del recinto murado de la *urbs* latina y sobre la vía, no tuvo otro destino, cual es notorio en los actuales tiempos, razón por la cual y á fin de no ofender la ilustración de los lectores, no nos permitimos insistir en este punto, con ejemplos decisivos.

Tales son las reliquias que de la antigüedad romana subsisten hoy en Cartagena, á pesar de la indiferencia con que son miradas por los naturales; nada hay ya en ella que recuerde los días de la dominación musulímica, ni indicio siquiera de la existencia de la grey mudejár, pareciendo que la población, según hoy se manifiesta, salvo algunas insinuaciones, de que luego hablaremos, es toda ella fruto de la pasada y de la presente centuria; á pesar de ello, descubierto en Cartagena, aunque sin conocer el paraje, consérvase al lado de varios trozos de mosaicos, restos romanos y muestras de minerales, en el Gabinete de la

(1) LUMIARES, *Op. cit.*, pág. III.



*Sociedad Económica de Amigos del País*, un fragmento de piedra mármol blanco, que excitando poderosamente el interés mide 0<sup>m</sup>61 de ancho por 0<sup>m</sup>36 de alto, con 0<sup>m</sup>12 de grueso en la base y 0<sup>m</sup>10 en el comedio, disminuyendo el grueso proporcionalmente hasta el remate, hoy deformado, para formar con estas dimensiones una especie de prisma. Consta de cierta manera de basamento rectangular, recorrido por tres fajas ó cintas horizontales, separadas por sencillas y acanaladas molduras, haciéndose sobre la cinta superior las caras del prisma; y aunque á primera vista sorprende este fragmento por su disposición y forma, écha-se de ver muy luego, que es notabilísima reliquia de la época mahometana, como *pedra tumular*, hermana y compañera de las que con singular frecuencia son halladas en Almería, donde reciben nombre de *pedras de tapia* por su forma semejante á las albardillas de los muros, y de la que estimada sin razón cual *jamba* de una puerta, fué descubierta en la *Plaza de Cadenas* en Murcia (1).

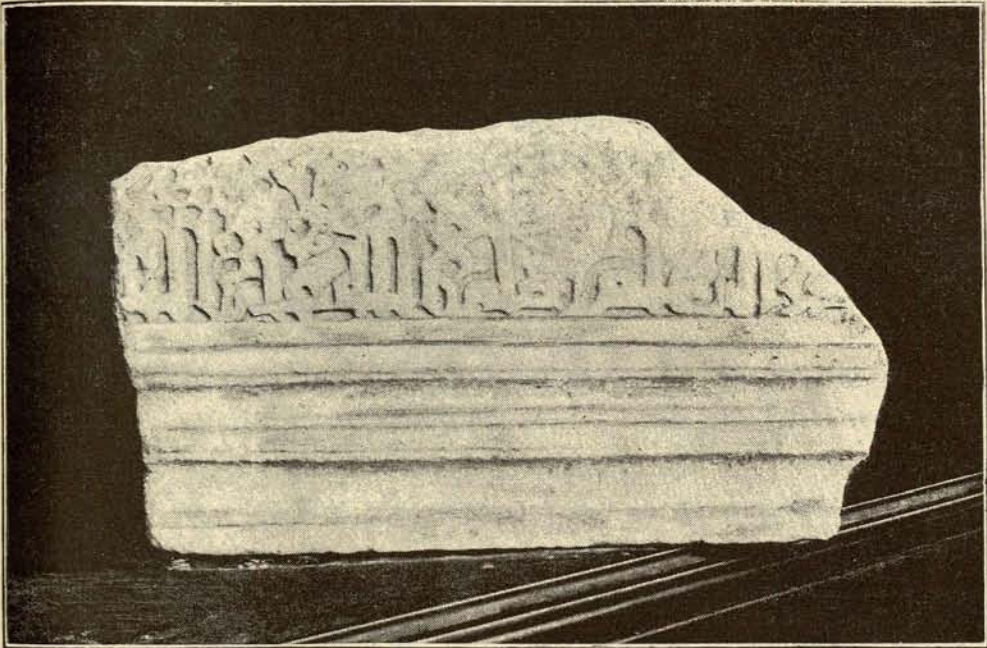
Así como en las *macboras*, *raudhas* ó cementerios musulmanes españoles, ya labradas en tablas perfectas y regulares de mármol para cubrir con ellas el centro de las tumbas, ya en irregulares piedras, que eran colocadas á modo de *stellas* á la cabecera de la fosa, fué de uso común la forma de las lápidas más ó menos planas, y Toledo presenta como variedad las columnas y medias columnas, de que recientemente ha sido hallado un ejemplar en Palma de Mallorca (2),—Almería y Murcia habían para nosotros ofrecido como especialidad privativa de aquellas regiones de levante, las piedras prismáticas tumulares, que acusan en estas comarcas una misma grey, distinta de la que se extendía por las restantes de Al-Andálus; mas no era dable comprender

(1) Véase cuanto respecto de este particular dejamos consignado en la *Memoria acerca de algunas inscripciones arábigas de España y Portugal*, publicada en 1883.

(2) Así á lo menos resulta de la fotografía que nos ha remitido galantemente el entendido Sr. Llabrés.



cómo, hallándose en medio Cartagena, podían aquellos monumentos sepulcrales, referibles en su mayoría á la XII.<sup>a</sup> centuria, salvar de Almería á Murcia la distancia, sin dejar huella ninguna en la antigua *Carthago Nova*, tan crudamente sojuzgada por Suinthila. El fragmento conservado en el gabinete de la *Sociedad Económica de Amigos del País*, resuelve la cuestión, acredi-



CARTAGENA. — FRAGMENTO DE UNA PIEDRA TUMULAR ARÁBIGA

tando con efecto, que unidas y dependientes del que fué reino del eslavo Jayrán y de Zohayr, las zonas donde Cartagena y Murcia se levantan sufrieron el yugo de las mismas tradiciones y de las mismas costumbres, de que no se halla ejemplo todavía en el resto de la Península española, acaso importadas por los almoravides y más seguramente por los almohades.

En la una de las caras, con efecto, de la *pedra tumular*, bajo ya deformada labor de tracería en resalto, se advierte el principio de la inscripción arábica, en caracteres cúficos angulosos que preparan la transición de la escritura monumental de la



época almohade á la granadina; no pueden en rigor recibir título por completo de cúfico-floridos, llamados por algunos escritores sin razón valedera karmáticos, pero no son tampoco de aquella angulosa inflexibilidad con que por lo común se presentan en el siglo IV de la H. (x de J. C.), ni de aquella elegancia propia de los epígrafes del siglo V y aun del VI, ofreciéndose en cierto modo cual privativos, aunque no sin guardar marcadas analogías con la escritura cúfica de los restos de *arrabaâ* que subsisten en el *Convento de Santa Clara* de Murcia, apareciendo aquí con mayores aspiraciones monumentales y diciendo lo que del epígrafe se conserva legible:

....[الرحمٰن الرحيم؛ صلى الله على النبي]ينا محمد]....

[*En el nombre de Allâh el Clémente, el Misericordioso! La bendición de Allâh sea sobre nuestro pro[feta y señor Mahoma, etc.]*

Muéstranse en la cara opuesta del prisma dos líneas paralelas de inscripción; pero no es cumplidero ya intentar la lectura de la primera, por desgracia, entendiéndose en la segunda y más inferior, también en el mismo linaje de escritura en resalto, á cuya complicación contribuyen las cintas enlazadas que bajan á confundirse con los signos, la fecha siguiente, no con toda propiedad gramatical escrita, pero por la cual es dable conocer la época á que el monumento corresponde:

أثنت وثمانين وخمسةماية

..... *dos y ochenta y quinientos* (582 H.—1184 á 1185 de J. C.)

Semejante exigüidad de las reliquias musulmanas, claro indicio son indudablemente y á pesar de todo, del triste decaimiento en que la famosa *Carthago Nova* era llegada á aquellos azarosos y revueltos tiempos de la dominación islamita, perdida en ellos su grandeza y su importancia (1). De la verdad de este su-

(1) Abú-l-Hasán Házim en su *Cassidal-al-alifiya*, ya mencionada, da noticia harto confusa de algunos lugares de Cartagena.



puesto, dada la reparable circunstancia de no ser descubierto por acaso en Cartagena indicio alguno monumental de tales días, según procuramos dejar consignado arriba, deponen en los actuales así el recinto murado de la plaza, como las noticias relativas á las obras de fortificación, acometidas por orden de Felipe II en 1576 y 1577, con ánimo de defender la población de las frecuentes correrías de los piratas argelinos. Fundada había sido, según los escritores, la antigua metrópoli sobre cinco distintos collados, que eran denominados *Phesto*, *Alecto*, *Chrono*, *Mercurio*, *Theutate* y *Esculapio* (1), por cuya razón llamábanle «algunos autores... *civitas quinquamontium*» (2); y á tal punto se mostraba aniquilada en el último tercio de la XVI.<sup>a</sup> centuria, que habiendo recibido el encargo de construir las defensas que le eran indispensables Vespasiano de Gonzaga, duque de Trayecto, y Juan Bautista Antoneli, si bien es cierto que comenzó á ser cercada la ciudad de modo que quedase dentro «lo antiguo, metiendo en la cerca los cinco montes que solía tener,» abandonábase en breve aquel intento, reduciéndose el área de lo fortificado á los «dos cerros, que llaman, el uno del Castillo (el Castillo de la Concepción, hoy en ruinas), parte en que estaba «la población más antigua y más fuerte con muro, aunque menos habitada de todo lo poblado; el otro cerro se llama del Molinete, donde hay un molino de viento,» derramado «en el valle entre estos dos, que es llano..., lo más y lo mejor de la población..., aunque la iglesia mayor está á la mitad del cerro del Castillo» (3).

Resultaban, pues, y á consecuencia de tal reforma tres montes «con un gran llano en medio de ellos», fuera del recinto

(1) CASCALES, *Discursos hist.*; *Discurso XX*, pág. 497 de la ed. de Tornel.

(2) JERÓNIMO HURTADO, *Descripc. de Cartagena*, ms. de la Real Acad. de la Hist. pub. por Baquero Almansa en el *Semanario Murciano*, número 133.

(3) ID., *id.* Hurtado, al hacer constar estas circunstancias, añade que si se hubiese realizado el primer proyecto, «tuviera [Cartagena] más de dos leguas de ámbito y casi media á la parte del mar.»



murado, los cuales eran designados con «nombres vulgares agora, que son, el *Cabezo de la bruja*, el *Cabezo de Sant Jusepe*, por una ermita que hay par dél, y el *Cabezo de la horca*» (1), abasteciendo la ciudad de aguas en 1582 el Corregidor don Jorge Manrique; y aunque de aquella obra poco fué lo que hubo de subsistir, sin embargo, guárdase memoria de ella en la siguiente lápida que figura en la muralla por la parte interior, próxima á la puerta del puente en la *calle real* donde se declara:

CARTHAGO: NOVA: RE  
 NASCENS: SVB: PHILI  
 PPO: SECVNDO: HIS  
 PANIARVM: REGE: CA  
 : THOLICO :  
 M. D. LXXX

Existió allí, con apariencias monumentales de que da indicio el triangular frontón que la corona y la ornacina con una efigie de bulto en piedra que la ennoblece, una de aquellas fuentes en 1582 labradas por el Corregidor don Jorge Manrique ya citado, cual proclama el epígrafe grabado en el entablamento de

(1) Según el referido Jerónimo Hurtado «halláronse cuando se hacia esta fortificacion muchas ruinas de edificios antiguos y muchos entierros y piedras con epitafios y títulos, que se ve ser de romanos, y dicen que algunos tesoros de monedas de plata y oro de aquel tiempo de romanos.» «Sé yo decir,—añade,—que se gastaron en los dichos años [1576 y 1577] mas de 200 mil ducados en la dicha fortificacion, *la qual está ya caída y no resta della, sino de la antigua que tenia la ciudad;*» su población era entonces de «1500 vecinos poco más;» el Castillo era «antiguo y fuerte y por la espalda mira al seno del puerto de la parte de levante, sin tener poblacion por allí más que la muralla del castillo.» Demás de la iglesia mayor, tenía «en lo llano una iglesia aneja á la parroquial, que es Santa María de Gracia, donde hay Sacramento; y hay otras ermitas y hespital.» «Hay monesterios de Sant Francisco y Sant Agustín y Sant Domingo, fundados como van dichos de pocos años á esta parte, en mi tiempo, á los cuales se les ha dado ayuda por los vecinos con que tomasen la advocación de los santos naturales, que son Sant Leandro y Sant Isidro.» Tenía «solo dos puertas á tierra, la una al norte, camino de Murcia y la otra la puerta de Sant Ginés.» «Á la mar tiene tres, la del muelle, que está en la playa principal derecha á la boca del puerto, la otra en la misma banda en otra plaza de la pescadería, cuyo nombre tiene, y la otra la puerta del Arenal, en otra plaza que sale á un llano donde se reparan y hacen los barcos y navíos.»



aquella construcción, diciendo: ESTA OBRA MANDARON HAZER LOS MVY ILLVSTRES SS. CARTAGENA SIENDO CORREGIDOR EL MVY ILLVSTRE SEÑOR IORGE MANRIQVE; pero la obra principal, sin duda ninguna, después de las reparaciones de 1626, y á la que debe Cartagena su relativo engrandecimiento en nuestros días, en pos de la guerra de sucesión en que se rindió al cardenal Belluga y al duque de Berwik, fué la ejecutada por Carlos III y Carlos IV. Á esta época corresponde con efecto la cintura de piedra que la convierte en verdadera plaza de armas, guardando memoria de ello, con expresivo laconismo, que contrasta con las pretensiones del epígrafe de Felipe II, la siguiente lápida que se mira en el interior de la *Puerta del muelle*:

REGNANTE CAROLO III  
HISPANIARVM ET INDIARVM REX  
ANNO MDCCLXXXVI

En la llamada *de Madrid*, otra inscripción declara que reinando Carlos IV, se «finalizaron estas puertas en 1791.»

Pasando al Puerto, cuán hermoso es el espectáculo que ofrece Cartagena, y cuántas y qué grandes son las memorias que evoca la contemplación de aquel dilatado seno que cierran por occidente y por levante enhiestos y pedregosos los altos montes que le rodean y le defienden! Desde las frágiles y atrevidas embarcaciones fenicias que descubrían por occidente en sus osadas y aventuradas excursiones la entrada misteriosa del puerto, de donde verificaban provechosas expediciones á Sidón y á Tyro, hasta el último y perfeccionado buque de la actual marina, han surcado aquellas aguas que aparecen á nuestros ojos mansas y tranquilas como risueño lago, las rostradas naves de los phocenses y de los rodhios, las de los cartagineses que extraían maravillosas riquezas de aquella sierra de Cartagena, las de los romanos por vez primera y en la ocasión inmortal en que Cayo Lelio contribuía desde el mar al triunfo de Escipión, apresando en aquel recinto cantidad numerosa de embarcaciones henchi-

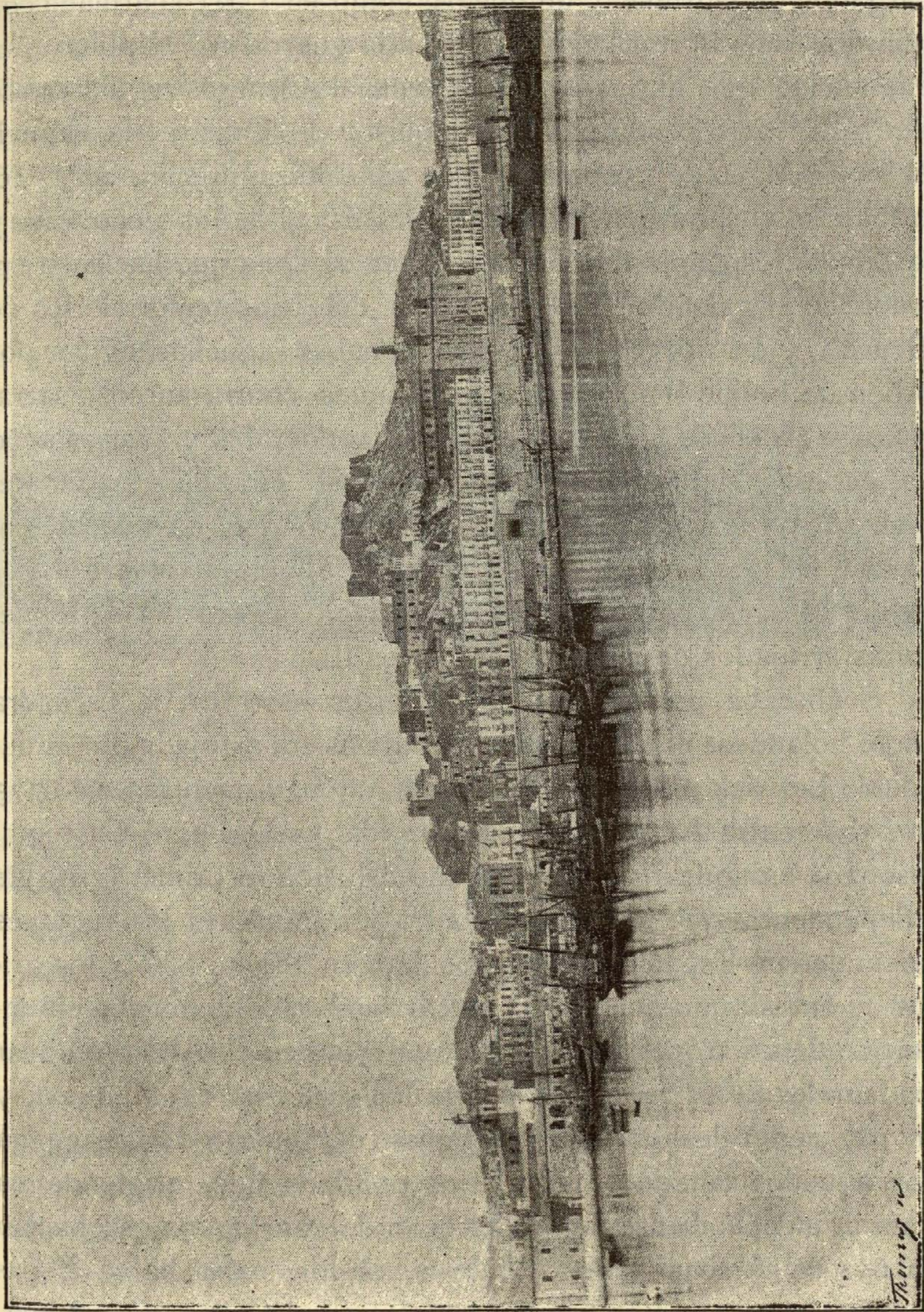


das de plata y ricos cargamentos destinados á la mercantil cartaginesa república! Por aquellas aguas han discurrido en pos las naves de los griegos bizantinos; las de los vándalos, al tratar, una vez en el África, de volver á la Península para estragarla de nuevo; acaso las musulmanas en los días del gualí Abdul-Malik-ben-Cothan y de Baleg-ben-Bixr, y las del seclaví Abd-er-Rahmán-ben-Habib antes de desembarcar en Elche ó Denia con sus bereberes para luchar con el Califa Abd-er-Rahmán I en 778. Tal vez por este mismo puerto, bajo el gobierno de Al-Hakem I, fueron expulsados de Al-Andalus aquellas familias de muzárabes cordobeses que se repartieron por Malta y el Egipto, y por él, como por los puntos inmediatos, desembarcaron codiciosos los normandos en los días de Abd-er-Rahmán II y de Mohámmad I, para saquear las comarcas del antiguo reino de Aurariola. Quién sabe la importancia que adquiriría en el siglo x, cuando la marina hispano mahometana llega á nunca antes discernido esplendor bajo los auspicios de Abd-er-Rahmán III, ni quién es capaz de averiguar los sucesos que presenciaria en los tiempos posteriores, cuando las naves de Mochehid de Denia surcaban en corso el Mediterráneo, y cuando ya á las postrimerías del siglo xi el almoravide Yusuf-ben-Texufín, malograda la empresa de Aledo por la presencia de Alfonso VI y el valor de los castellanos, regresaba al África desde Cartagena!

Por él pasaron en los gloriosos días de Alfonso VII las naves aragonesas que ayudaron en 1147 á la conquista de Almería, y á él hubieron de llegar con frecuencia las de genoveses y pisanos en la misma centuria; en él fondearon quizás en 1266 las embarcaciones de Jaime I al apoderarse del sublevado reino de Murcia para su yerno don Alfonso X, las de Jaime II al hacerse dueños los aragoneses de la que fué *Carthago Spartaria*, durante la minoridad de Fernando VI; las de Abú-Abdil-Láh Mohámmad V de Granada al auxiliar á Pedro I contra el aragonés Pedro IV, y las del hijo de Alfonso XI, deshechas en Guardamar; y de aquel mismo puerto zarpaban en 1492, llevando de



MURCIA



CARTAGENA.—VISTA DESDE EL PUERTO



España al África la proscrita grey judaica, los bajeles españoles cargados de lágrimas y de duelos, como en 1503 la armada con que don Luís Portocarrero acudía á la guerra de Nápoles, y la expedición que al mando del Cardenal Cisneros y del conde Pedro Navarro partía para la conquista de Orán y Mazalquivir el 16 de Mayo de 1509. Dentro de aquel mismo recinto en 1516, trabábase encarnizada lucha entre las naves de los genoveses y la armada española de don Berenguer de Onís que hacía su entrada en el galeón del corsario Juan del Río, terror de los de Génova, y en 1552 y 1563 abandonaban aquellas aguas por orden de Felipe II sucesivas expediciones contra turcos, sarracenos y argelinos, como en 1585 se apoderaba y hacía dueño del puerto y saqueaba la ciudad el famoso pirata inglés Drake, y en 1607 presenciaba el tristísimo cuadro que ofrecía el embarque de los moriscos del reino de Murcia, expulsados por Felipe III de la patria, como presenciaba en 1767 el de los jesuitas arrojados de España por Carlos III.

Señoreaba por el archiduque Carlos en 1706 la escuadra anglo-holandesa el puerto, de cuyas aguas era arrojada por el duque de Berwick al triunfar Felipe de Anjou, y mientras en 1775 zarpaba contra Argel la armada dirigida por D. Pedro Castegín, resonaba en aquellos montes el año de 1808 el primer grito de independencia que levantaron contra los franceses las regiones orientales de España, como resonaban en 1859 y 1860 los gritos de entusiasmo con que la muchedumbre contemplaba el embarque de las tropas españolas que debían en el África renovar los laureles de otras edades contra los sectarios de Mahoma, y en 1873 eran deshonoradas las aguas del puerto de Cartagena por aquellos fanáticos partidarios políticos que, erigiendo en Cantón independiente del poder central á Cartagena, se hacían dueños del Arsenal y de los bajeles con los cuales había España ganado sus últimos triunfos navales en el Callao y en Lima, para llevar por aquellas marinas el horror, el escándalo, la destrucción y la vergüenza!



Forma el puerto de Cartagena, que tantos recuerdos evoca y en el cual se ha desarrollado entera la historia de la que fué metrópoli de Cartago en España, extensa y magnífica bahía, defendida por la configuración de la costa y abierta sólo á los temporales producidos por los vientos comprendidos del S. al SE. y del S. al SO., de los cuales procuran precaverla las obras que actualmente se realizan; sobre la cima de los elevados montes que cierran la ensenada, levántanse amenazadores el castillo de la *Atalaya*, el de *San Julián* y el de *Galeras*, contribuyendo



VISTA DE CARTAGENA

á la defensa del puerto en la boca del mismo las baterías de *Podaderas* y *Navidad*, á las que se unían las de *San Leandro*, *Santa Ana* y *Trinca-botijas*, construídas en la punta del E. y de las que sólo quedan en el día vestigios, resultando en consecuencia así el puerto más abrigado de aquellas marinas como el de mejores condiciones militares, á despecho del abandono en que bajo tal punto de vista se hallan por lo común todas nuestras costas. Su aspecto, sin embargo de las exageraciones de Cascales, para quien «si Apeles le quisiera dibujar con las propiedades requisitas á un perfectísimo puerto, como él es y no de otra manera hiciera el dibujo,» afirmando que Virgilio hizo en la *Eneida* la descripción «de este propio puerto de Cartagena (1),

(1) *Discursos hist. de la ciudad de Murcia*, discurso XX, cap. 1, pág. 147 de la edición de Tornel.



produce impresión muy singular, comparado con los demás puertos del Mediterráneo, en los cuales la vista se espacia y pierde contemplando el horizonte limitado por aquella enorme masa de agua que confunde en los lejanos términos de la perspectiva la línea indecisa y cenicienta del mar con la azulada del firmamento, y permite seguir los movimientos de las embarcaciones, recortando al caer de la tarde sobre el traslúcido celaje las velas latinas de las barcas pescadoras que, como pájaros marinos, tienden el vuelo impulsadas por la brisa hacia tierra.

No presenta el puerto de Cartagena, con efecto, tal cuadro romántico, cerrado su horizonte por las enhiestas montañas que aprisionan aquel seno abrigado, emporio del comercio en otras edades; mas no por ello pierde nada de su natural belleza, ofreciendo en íntimo abrazo unidas la tierra y el mar, que alegre en sus prisiones, besa y halaga en incesante movimiento la base de erizadas rocas sobre las cuales se alzan aquellas gigantescas erupciones producidas por los espasmos terrestres y que, como avanzadas, tienden su vista para saludar desde allí á la una parte las costas africanas y las de Cerdeña por la otra. «Tiene este puerto, casi al medio dél,—consignaba un escritor del siglo xvi, ya antes citado,—una losa en la cual suelen tocar algunos navíos mal advertidos, con daño notable de irse á fondo.» «El día que hay calma se ve estar cubierta de argamasa.» «Dícese que antiguamente había allí una torre y una cadena que asía en las dos piedras de los lados de una y otra banda, y cerraba el puerto de manera que ningún navío podía entrar sin licencia, como se dice que hacen en Marsella.» «Está la losa del puerto derecha á medio día» (1). Constaba entonces de dos senos, y «el de la mano derecha,... según el mencionado ms., tiene una boca que llaman el *Acequieta*, que es á la parte del poniente, por la que, cuando llueve mucho ó corren vientos meridionales, sube la mar

---

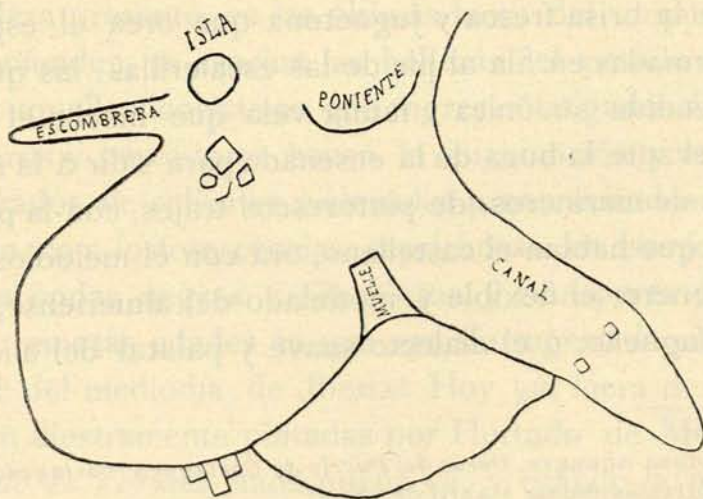
(1) JERÓNIMO HURTADO, ms. de la Real Academia de la Hist., pub. por Baquero Almansa en el *Semanario Murciano*, número 132.



hasta el otro lado del puerto hacia lo antiguo de la cibdad, que es al levante, y allí se ensancha mucho mas, de manera que casi hace isla la cibdad, aunque por la parte del norte, que la salida á Murcia, va angosta y honda, de manera que con una puentecilla baja y de hasta 20 pies de largo se atraviesa (1).

Lleno de animación, aunque pequeño para la importancia del puerto, que cuenta casi una legua de longitud, y para las crecientes necesidades del tráfico, es en realidad el muelle, que lleva el nombre de Alfonso XII, y sobre el cual sigue la muralla con formidable batería delante del suntuoso edificio que sirve de *Cuartel de Guardias marinas*, no siendo sino muy legítimas las

(1) HURTADO (*Semanario Murciano*, número 133) continúa: «Llámase todo esto Almarjal.» «Puede salir desde la mar un barco pequeño por todo él, si la puentezuela no lo estorbare; y péscase en él mucho pescado bueno, particularmente anguillas muy sabrosas.» «De unos años á esta parte está casi seco, dice el vulgo que por haber arrendado la cibdad aquella pesca, la cual era común para todos, pero yo creo que los años estériles de aguas lo han hecho, porque las lluvias lo hacen crecer, tanto y más que el agua que sube del puerto.» «Tiene este almarjal desde la boca de poniente hasta la otra parte de la cibdad media legua poco mas ó menos, que como digo, hace isla la cibdad si estuviere siempre lleno, y le dejasen ensanchar por la salida de la cibdad como por lo demás.» El *Almarjal* de que habla Hurtado y que en nuestros días se llama *Almajar*, era foco permanente de infección y ha desaparecido, aunque no las fiebres palúdicas y las enfermedades que producía. Según el referido escritor, he aquí el croquis del puerto de Cartagena, á fines del siglo xvi, conforme se halla en el expresado ms.:





aspiraciones de Cartagena al procurar su ampliación y ensanche, como se hubo de procurar en otros tiempos, según han puesto de manifiesto los trabajos de dragado, que frente al mismo se ejecutan, descubriendo «una doble fila de pilotaje, situada á cincuenta y dos metros de su extremidad y en dirección de Levante á Poniente», obra al parecer de principios de este siglo, ejecutada con el propósito visible de ensanchar el muelle (1). Á él, caprichosamente agrupados en el puerto, atracan multitud de vapores sobre aquella «alfombra de raso azul llena de arrugas y de pliegues» ondulantes que agita sin cesar el aire con sus alas, y por la cual resbala con relámpagos de acero la clara luz del día, bordando con espumas cristalinas y prontamente deshechas al vaivén incesante de las estancadas aguas. Sobre la sepia, matizada á trechos por verdosas manchas, que forma con cierta uniformidad el tono general de los montes por los cuales aparece el horizonte cerrado, se dibujan los mástiles y las jarcias de las embarcaciones; y el rechinar de las grúas; el movimiento sin tregua de aquella multitud afanada que recorre el muelle; el embarque y desembarque de mercancías; las pilas de fardos, de maderas, de sacos y de toneles; el ir y venir de los cargadores; el rumor estridente con que el vapor se condensa en las entrañas de los buques próximos á partir; el humo que arrojan las chimeneas de los mismos; el ambiente saturado de sales que allí se respira; la brisa fresca y juguetona que orea el espacio; las lanchas formadas en fila al pie de las escalerillas; las que surcan el golfo tendida su única y latina vela que hincha el viento, y buscan á levante la boca de la ensenada para salir á la mar libre; los grupos de marineros, de pintorescos trajes, con la pipa entre los labios, que hablan el castellano, ora con el melodioso acento del cartagenero, el flexible y modulado del almeriense, el gutural del malagueño, ó el dialecto suave y palatal del alicantino y

---

(1) RODRÍGUEZ ACERETE, *Obras del Puerto de Cartagena* (*Cartagena ilustrada*, número 15 correspondiente á Abril de 1872).